

EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

LA MUERTE

DE CISNEROS,

DRAMA EN TRES ACTOS Y CUATRO CUADROS.

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

MADRID.

ALONSO GULLON, EDITOR.

PEZ --40.--2.º

—
1875

AUMENTO A LA ADICION DE 1.º DE SETIEMBRE DE 1874.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Á las cinco.....	1	D. E. Jackson.....	Todo.
Dificultades.....	1	Romualdo Lafuente..	»
El que la sigue.....	1	Jacobo Sales.....	»
El que todo lo quiere.....	1	Leopoldo Vazquez...	»
Entre dos yernos.....	1	Julian Romea.....	»
Las escuelas de España.....	1	Francisco Palanca...	»
Por dinero baila el perro.....	1	Cárlos Frontaura....	»
Tres tipos del año veinte.....	1	E. J. Cortés.....	»
¡Una lágrima!.....	1	L. M. de Larra....	»
Un marido soltero.....	1	Antonio Zamora....	»
Á mí qué.....	2	Eduardo J. Cortés...	»
El corazón de un perdido.....	2	Mariano Chacel.....	»
El Mancebo de Lepanto.....	2	Enrique Zumel....	»
Los bandos de Cataluña.....	2	Enrique Zumel.....	»
Un mandamiento de la ley de Dios...	2	Mariano Chacel....	»
Amar á ciegas.....	3	Luis Calvo.....	»
Carracuca.....	3	N. N.....	»
El ángel del hogar.....	3	Ángel Torromé.....	»
El árbol sin raíces.....	3	Herranz y F. Bremon.	»
El castigo sin venganza	3	Emilio Álvarez.....	»
El cojo de Sariñena.....	3	Leandro Torromé....	»
El estómago.....	3	Enrique Gaspar.....	»
El sorteo.....	3	Luis Blanc.....	»
Jugar al escondite.....	3	Eusebio Blasco.....	»
La esposa del vengador.....	3	José Echegaray.....	»
La esposa mártir.....	3	J. M. Vivanco.....	»
La mayor venganza.....	3	F. Sanchez de Castro.	»
La muerte de Cisneros.....	3	M. Ferez. y Gonz. .	»
La Virgen de la Lorena.....	3	Juan José Herranz...	»
Nuestra Señora de Atocha.....	3	Rafael G. Santisteban.	»
Sota, Caballo, y Rey.....	3	E. Zamora Caballero.	»
La hiedra de la masía.....	4	Federico Soler.....	»
Quimeras de un sueño. (Mágia.).....	4	Enrique Zumel. . . .	»
Edmundo Kean.....	5	M. J. de Quintana...	L. y M.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. BORRÁS

N.º de la procedencia

5698

LA MUERTE DE CISNEROS.

Esta obra es propiedad de D. ALONSO GULLON, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados representantes de la Galería Lirico-Dramática, titulada El Teatro, de dicho señor GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA MUERTE DE CISNEROS,

DRAMA EN TRES ACTOS Y CUATRO CUADROS,

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Estrenado en el Teatro ESPAÑOL el día 28 de Enero de 1875.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1875.

PERSONAJES.

ACTORES.

DOÑA JUANA DE ESCALADA.....	SRA. DIEZ.
DOÑA ISABEL... ..	SRTA. MENDOZA T ENORIO
CISNEROS.	SR. VICO.
EL OBISPO DE ZAMORA.....	CEPILLO.
EL ALMIRANTE DE CASTILLA....	PARREÑO.
JUAN DE SOLDEVILLA.	CALVO.
EL DUQUE DEL INFANTADO.	PASTRANA.
BARRIENTOS..	ALISEDO.
PEREZ.	ROMEA (D. Julian.).
ORGAZ.	MARTINEZ.
EL CONDE DE BENAVENTE.....	CABALLERO.
UN POSADERO.....	CASTRO.
UN CORREO DEL REY.....	MOLL.
Soldados, hombres y mujeres del pueblo.	

Época de la acción: del 13 de Octubre al 8 de Diciembre
de 1517.

El primero y segundo acto pasan en Madrid: el tercero
en una posada de la villa de Roa.


AL SEÑOR

D. MANUEL GARCÍA RODRIGO

En muestra de amistad

Manuel Fernandez y Gonzalez.

725130



Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

ACTO PRIMERO.

Cámara en la casa de Cisneros: al fondo una puerta que da á una galería; otra puerta á la izquierda; á la derecha una ventana con vidrieras; una mesa con tapete, y un sillón junto á ella, cerca de la ventana. Es de noche. Sobre la mesa bujías encendidas.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA JUANA, DOÑA ISABEL, por la puerta del fondo,
acompañadas de un CRIADO.

JUANA. Gracias á Dios que llegamos
á casa: el rosario sido
muy largo; ¡ya ha anochecido
y en los tiempos que alcanzamos!
Dame tu manto, Isabel.
(Ambas al entrar se han quitado los mantos,
Doña Juana los da al Criado.)
Tomad. (El Criado los toma y se va.)
Y que hace un buen frío;
con tu semblante sombrío
me has dado un susto cruel.
¡Oh qué noche! ¡Estaba helada
la iglesia! ¡Pero ay de mí!
¡tú estás llorosa! ¡sí, sí!

- ISABEL. Es que soy muy desdichada.
JUANA. ¡Desdichada! ¡por mi vida!
¡qué te acongoja!?
- ISABEL. Un dolor
del alma.
- JUANA. ¡Tú en el albor
de tu juventud, querida
del cardenal y de mí!
¿Qué hay que á tu dicha no cuadre?
En mí tienes una madre,
y en su reverencia...
- ISABEL. Sí,
un padre del corazón.
¡Dios os lo pague!
- JUANA. Jamás
te ví así. Miedo me das.
¡Penas tú! ¿por qué razón?
- ISABEL. ¿Á qué demandarme tanto?
El saber turba mi calma
que soy hija, mas del alma
de una bendita y de un santo.
Todos pueden decir:—Yo
hijo soy de tal ó cual,—
y yo triste, por mi mal,
no puedo decirlo, no.
- JUANA. Válgame Dios! Él perdone
á quien de todo olvidado
cometió tan gran pecado!
¡Y hay quien su sangre abandone!
- ISABEL. Nunca he llegado á saber
por más que lo he pretendido,
oh madre, quiénes han sido
los que me dieron el ser.
Y es forzoso que del hombre
de quien hija soy herede
lo que á todos se concede
al ménos: familia y nombre.
Tener quiero un apellido
honrado, que el no tenerle
es mi desdicha.
- JUANA. Á saberlo
nunca llegar he podido:

esa historia en el misterio
de la confesion se esconde,
y el cardenal no responde;
que su santo ministerio
romper le veda el sigilo:
pero sé que despiadado
de tí tu padre olvidado
vive soberbio y tranquilo.

ISABEL. Dejadme al ménos saber
lo que sepais, madre mia.

JUANA. ¿Y por qué, por qué esa impía
historia á cuento traer?

ISABEL. ¡Mi corazon os lo ruega!

JUANA. Y mi corazon no puede
negarte nada; que cede
al cariño que le ciega.
Lo ansías, y fuerza es
que yo me rinda á tu afan,
aunque á renovarse van
mis penas. Escucha, pues.
Veinticuatro años hará:
yo diez y nueve tenía;
era una noche sombría,
terrible; nunca se va
de mi memoria; profundo
dolor nos acongojaba;
á nuestro lado velaba
mi hermano, y un moribundo
hijo en los brazos tenía
Magdalena: aqúeste horror
colmaba con su furor
la tempestad que rugía.
Llegó el momento cruel;
el niño inerte quedó,
la madre se desmayó,
el padre se dió á Luzbel;
yo á Magdalena acudía,
cuando en medio del estruendo,
á cada vez más tremendo,
de la tempestad bravía,
á la puerta una aldabada
sonó seca, retumbante,

JUANA.

De esta cruel
noche no puedo acordarme
sin llegar á aconjogarme,
hija del alma, Isabel.
Trascurrió tiempo: mi hermano,
que era un soldado valiente,
murió al fin honradamente
á orillas del Garellano;
murió mi infeliz cuñada,
y en desconsuelo profundo
nos quedamos en el mundo,
tú inocente y yo espantada.
Casar pude, aunque no hermosa,
que me buscaban; mas no,
¿no era acaso madre yo?
fuera cierto acerba cosa
darte padrastro.

ISABEL.

¡Ay de mí!

¡cuánto os debo, madre mia!

JUANA.

Con mi corazón cumplía
viviendo sólo por tí.
Ya cardenal el señor
era, primado en Toledo,
nos amparaba y sin miedo
yo me gozaba en tu amor.
Nunca de Valladolid
nos trajeran, hija mia;
viniste con alegría
y la has perdido en Madrid.
Ahora en llanto se desata
tu dolor, que no comprendo.

ISABEL

Si yo callara, mintiendo,
fuera para vos ingrata.

ESCENA II.

DICHAS, BARRIENTOS, que asoma en el momento en que Isabel dice su último verso, por la puerta de la izquierda; se detiene y escucha sin ser visto de ellas.

ISABEL.

Lo que yo sufro es amor.

JUANA.

¿Qué dices? ¡amor! ¡tú amores!

¿qué hay en tu amor por que llores?

(Barrientos atraviesa la escena sin ser notado, llega á la puerta del fondo y continúa escuchando.)

ISABEL. Que nací para el dolor.

JUANA. Del amor me defendí
por tanto como te amé:
yo de amores nada sé
y hoy sufro el amor por tí;
por esto ser ha podido
que amases sin que tu amor
yo conociera.

ISABEL. El traidor
que supieseis no ha querido
el amor, que harto sencilla,
yo mi ventura creí.

JUANA. ¿Pero él quién es?

ISABEL. ¡Ay de mí!
él es Juan de Soldevilla.

JUANA. Yo le tengo por honrado.

ISABEL. Yo no le puedo entender;
que ha de hacerme su mujer
me asegura enamorado;
pero me dice á la par
que el obispo de Zamora
con una noble señora
le quiere ¡ay de mí! casar.
El obispo es su padrino,
á quien como padre tiene;
con su favor le mantiene
de la suerte en el camino,
y él dice que es un tal hombre,
que aunque de amores se abraze,
no ha de dejarle se case
con una mujer sin nombre;
y por esto es el dolor
que mi triste pecho hiere,
y por esto, madre, él quiere
tener secreto su amor.

JUANA. Con asombro te he escuchado,
Isabel, mas te prometo
que el fin de tu amor secreto
no ha de ser desventurado.

No llores, no: si él te ama
será tu esposo, y si no,
verá para qué nació.
No importa cómo se llama
una mujer, cuando el hombre,
que ha de amarla, en su camino
la encuentra y es su destino,
que el alma no tiene nombre,
y para hacer la ventura
del más rico y más honrado,
Dios con exceso te ha dado
la virtud y la hermosura.

(Barrientos va recatándose, sin ser visto de ellas,
desde la puerta del fondo á la derecha: se detiene
un momento escuchando, y luego se va por la
puerta de la derecha.)

ESCENA III.

DOÑA JUANA, DOÑA ISABEL.

JUANA. ¿Y luego, quién ha de haber
que viviendo yo se atreva
á hacerte infeliz? ¡La prueba,
vive Dios, fuera de ver!

ISABEL. ¡Oh madre del corazón!

JUANA. Si tú me hubieras hablado
de tu amor, no hubieras dado
en tan acerba aflicción.

Yo te perdono; mas quiero
que remedio á esto se dé.

Esta noche le hablaré.

Honrado encontrarle espero;
veremos si para mí
miente ó si dice verdad.

ISABEL. No fuera tal mi ansiedad,
madre, si estuviera aquí;
que hace tres días partió
sin avisarme.

JUANA. ¡Se aleja!

ISABEL. Tres noches ¡ay! en la reja
mi amor en vano esperó.

JUANA. Déjame sola, Isabel.
ISABEL. ¡Ah, no! ¿qué intentais?
JUANA. Intento
poner fin á este tormento.
SABEL. ¡Oh madre! ¡será cruel
por su virtud para mí
el cardenal, si lo sabe!
JUANA. En mí engañarle no cabe
ni cabe encubrirte á tí.
Él guardarte me mandó:
si inocente he confiado.
fuerza es que pague el pecado;
vete, te lo mando yo.
(Isabel se va por la puerta del fondo.)

ESCENA IV.

DOÑA JUANA.

No me atrevo á sospechar.
¡Su terror! ¡su acerba pena!
¡Ah, no! que es honrada, es buena
y yo la supe criar.
El ejemplo que la dí
no ha podido ser mejor...
pero su impío dolor...
¡pasad, sospechas, de mí!
¡pasad, temores villanos,
con vuestra horrible agonía!
¡no pueden con la hija mia
ser los cielos tan tiranos!
¡Oh, y qué terribles tormentos
causa el amor maternal!
¡Fuerza es ver al cardenal!
¡Oh, sí!
(Al volverse á la puerta de la derecha ve á Bar-
rientos, que aparece en ella.)

ESCENA V.

DOÑA JUANA, BARRIENTOS, que adelanta.

JUANA. ¡Señor Gil Barrientos!

- BAR. ¡Mi señora doña Juana!
Buenas noches.
- JUANA. Dios os guarde.
- BAR. ¿Pero qué teneis? os hallo
así, pues, como anhelante.
- JUANA. Señor Gil Barrientos, ¿quién
no siente disgustos?
- BAR. Nadie,
es verdad: cada cual tiene
por qué y para qué quejarse:
yo por ejemplo... hace un siglo,
ó más bien, seis meses hace...
- JUANA. Señor Gil, yo siento mucho...
vuestras penas.
- BAR. Boca de ángel,
que mis penas...
- JUANA. Dios las cure.
- BAR. Son...
- JUANA. Vuestras penas se guarden
para otro día, que ahora
para un asunto liarto grave
tengo que hablar al señor.
- BAR. ¡Al señor!
- JUANA. Cierto: anunciadme.
- BAR. Ya sabeis cuán recio tiene
el genio el señor: no obstante,
vos lo quereis, yo me arrojo.
¿Y á qué no habré de arrojarme
por vos? En fin, nada digo.
- JUANA. Señor Gil, Dios os lo pague.
- BAR. Mas hácia aquí el señor viene.
- JUANA. Á solas con él dejadme.
- BAR. Ved ..
- JUANA. ¡Salid!
- BAR. Muy bien, ya salgo;
perdonad. (Soy un cobarde.)
(Váse por la puerta del fondo.)

ESCENA VI.

JUANA se coloca de manera que pueda ver á quien se acerca por la derecha, sin que éste pueda verla, y dice:

Se acerca: ¡pero, Dios mio!
¡triste, pálido, apenado,
pensativo! ¡Cuán mudado
su semblante! ¡cuán sombrío!
se detiene; contra el muro
la mano apoya. ¡Ay de mí!
¡No, nunca, nunca le ví
tan débil, tan inseguro!
Oculta su enfermedad,
y, cual nunca, varon fuerte,
brazo á brazo con la muerte
lucha, y con la grande edad.
Otra vez, ya en paso firme
avanza: valor extraño;
mas ya para mí el engaño
no aprovecha y ha de oirme.
Pero es forzoso esperar
á que llegue un buen momento,
que es agora vano intento
hacerme de él escuchar.
(Váse por la puerta del fondo.)

ESCENA VII.

CISNEROS, por la derecha.

Atraviesa con paso lento, pero firme la escena y va á sentarse en el sillón.

Nadie: silencio profundo:
todo en torno duerme ó calla:
parece, sí, que se halla
sumido en la muerte el mundo.

ESCENA VIII.

DICHO, DOÑA JUANA, que aparece en la puerta del fondo

- CISN. ¡Oh noche, á cuyo favor
y con Dios á solas veo
cuanto abarca mi deseo,
cuanto llora mi dolor!
¡noche, en que puedo gemir
sin que me juzguen cobarde,
noche amiga, Dios te guarde!
¡cuánto has tardado en venir!
(Doña Juana adelanta lentamente hasta llegar á colo-
carse junto al sillón de Cisneros, algo á su espalda.)
¡Qué día! ¡Día de afán!
¡que ya en España está el rey!
¡que viene aquí contra ley!
¡que levantándose van
las villas y las ciudades,
las mas fuertes, las mejores!
¡que nombran procuradores
las bravas comunidades!
¡que es don Carlos extranjero!
¡y así la traicion se abona!
¡No importa, no! ¡la corona
al legítimo heredero!
y esto sólo, esto ha de ser,
porque es justo que esto sea.
Pues me brindan la pelea
¡sus, á morir ó á vencer!
- JUANA. (¡Oh corazón, maravilla
de fortaleza y lealtad!)
- CISN. ¡Atrás la comunidad!
¡Sí! ¡por don Carlos Castilla! (Pausa.)
Yo no sé qué extraño frío
por mis venas se difunde:
siento que todo se huade
con fragor en torno mio.
Cuando Dios llamó á su gloria
á aquella reina preciosa,
lloró Castilla. y avara

aún llora por su memoria.
Con ella se hundió en la huesa
cuanto de grande aquí ha habido,
y su nombre es un gemido
de dolor que nunca cesa.
De don Fernando los celos,
la ambicion, dieron tiranos,
á los buenos castellanos,
quebrantos, injurias, duelos.
Fué la lealtad perseguida,
la virtud atropellada,
la grandeza soterrada
y la gloria escarnecida.
Muerto el héroe cordobés,
Gonzalo, casi en prision;
muerto en desgracia Colon,
el ilustre genovés;
yo en mi poder combatido,
sólo por Dios sustentado;
el reino despedazado,
todo revuelto y podrido.
Don Fernando, de la impia
batalla que empeño hoy,
el causante yo no soy,
la culpa es tuya, no mia.
La soberbia, el torpe dolo,
me cercan y la traicion.
De Dios sin la proteccion,
solo estoy, enfermo, solo!

JUANA. Señor! señor!

CISN. (Irguiéndose.) ¿Quién ha hablado?
¡Ah, Juana!

JUANA. Sí, sí señor,
os buscaba y con terror
abatido os he encontrado
doliente.

CISN. No; la fatiga...
mis achaques... un momento
de leve adormecimiento.

JUANA. Permitidme os contradiga.
Lo que os rindió no fué el sueño,
perdonad: vuestro dolor

- he escuchado; ¡por favor!
¡no me mireis con tal ceño!
- CISN. Á fe no os entiendo, Juana;
 ó habeis la razon perdido,
 ó aún estoy adormecido.
- JUANA. Yo, señor, soy castellana.
- CISN. Comprender en vano quiero.
- JUANA. En vano con torpe dolo
 os combaten: no estais solo:
 con vos está el reino entero.
- CISN. Ved, Juana, que me enojais.
- JUANA. Yo cumplo mi obligacion;
 en buen hora el real pendon,
 señor, por el rey alzais;
 mas para que venga aquí
 fuerza es que Córtes se llamen,
 que las Córtes le proclamen,
 que jure los fueros, sí;
 que si no, yo la primera
 gritaré: ¡Comunidad!
 ¡Sí! ¡Castilla y libertad!
 ¡Atrás el flamenco! ¡muera!
- CISN. Ni amor teneis ni respeto
 para mí: sí condicion
 rebelde.
- JUANA. **Mi corazon,**
 jamás al temor sujeto,
 os ama, señor: venera
 la santidad que en vos toca;
 pero ved que por mi boca
 os habla Castilla entera.
 Se levantan las ciudades,
 bien lo sabeis, las mejores;
 eligen procuradores
 las bravas comunidades,
 y voz de amenazas llena,
 que noble lealtad difunde,
 nace, crece, vuela, cunde,
 por todas partes resuena.
 ¡Cómo pensar que á extranjeros
 España no rechazara,
 si la echaban á la cara

despedazados sus fueros?
¿Cómo de su noble instinto
que sufriera planta infiel
sobre el trono de Isabel
primera y Fernando quinto?
Ni cómo que se dejáran
arrebatar las ciudades
sus nobles inmunidades
sin que pendones alzáran?
No era posible creerlo,
ni aun llegar á sospecharlo;
y á suceder no dudarlo,
ni de esperar al verlo.
¡Y vienen! ¡y ya cien grandes
doblan las torpes cabezas
ante esas nuevas grandezas
de calceteros de Flandes!
¡Ya vino del soberano
poder á asirse sin tasa
y á mandar como en su casa
el vil cardenal Adriano!
¡Ah, no! ¡si la maldicion
del cielo cobija á España,
si el extranjero en su saña
os envuelve y su traicion,
señor, para defenderos
llevando la mejor parte,
alza el noble estandarte
de los bravos comuneros:
Cual siempre haced que la ley
brille pura y sin mancilla:
¡antes que todo Castilla!
¡sí, Castilla ántes que el rey!
CISN. Juana, si Castilla entera
por vuestra boca me hablára,
yo no sé cómo escuchára,
ni sé lo que respondiera.
Que tomara yo á maldad
dijesen, de mí en mancilla,
que no guardo de Castilla
la gloria y la libertad.
Mas como en resolución

esto sólo viene á ser
un delirio de mujer,
mudemos conversacion.
Muy pronto voy á acabar.
Si hubierais vos empleado
el valor que habeis mostrado
lo que os entregué en guardar,
nada en vos que de castigo
digno fuera encontraría.

JUANA. ¿Señor! ¿qué decís?

CISN. Querria

no deciros lo que os digo.
Sé que un audaz servidor
de mi casa amar ha osado
á Isabel, que os ha engañado.

JUANA. Yo juzgo digno este amor.

CISN. Tal cual decís le deseo.

Casada, pues que la amais
cual hija.

JUANA. ¿Y no me amparais?

CISN. Inútil mi amparo creo.

JUANA. ¡Nos echais, señor, de vos!
Pues bien: yo sola, su madre,
haré tal, que sobre el padre
que no quiso darla Dios.

Pero señor... ¡escuchad!

CISN. No hay nada que me convenza;
yo rechazo la vergüenza.

JUANA. Mas señor... ¡por caridad!

CISN. La caridad es terrible;
si para el bueno propicia,
para la torpe malicia
justiciera é inflexible.

JUANA. Mas otorga su perdon.

CISN. Ganadle y por él venid;
ahora dejadme; salid.

JUANA. ¡Oh! ¡no tiene corazon.!
(Váse por el fondo.)

ESCENA IX.

CISNEROS.

¡Esto más! ¡esta agonía!
¡este dolor inclemente!
«¡Padre has de ser!»—Dios lo dijo
al hombre, y en vano quiere
el hombre anular el fallo
de Dios: en mi pecho hierven
las lágrimas; mi cabeza
arde; mi razón se pierde.
Aire me falta, ¡oh, Dios mío!...
¡Lóbrega noche que tiendes
tus sombras sobre la tierra,
viento del invierno leve,
oculta mi llanto amargo,
calma el ardor de mi frente!
(Va á la ventana de la izquierda y la abre.)

ESCENA X.

DICHO, BARRIENTOS, por la derecha.

BAR. ¡Señor! ¡Señor!
CISN. ¿Qué es aquesto?
BAR. Perdonadme, mas no puede
mi lealtad... no os asomeis,
que en la calle hay mala gente.
Ya lo sabíais, señor,
ya os lo dije: Madrid hierve
en armados; más que villa
un campamento parece.
Aliatar salió, miró
y dice que á motin huele;
el obispo de Zamora,
todo, señor, lo revuelve,
y los grandes con lacayos
discurren y van y vienen
por todas partes; la casa
está cercada, y parece
que á alguno, señor, esperan.

- CISN. Pues bien, dejadlos que esperen.
(Llaman á aldabadas á la puerta exterior.)
Quien es quien llama mirad.
- BAR. Ved, señor, que si pretenden
entrar no hay defensa alguna.
- CISN. Abrid las puertas, que entren.
- BAR. Señor, ved... vuestra persona...
- CISN. Dios la guarda.
- BAR. Alguno viene.

ESCENA XI.

DICHOS, ORGAZ, por el fondo

- ORGAZ. ¡Señor!
- CISN. ¿Qué quereis, Orgaz?
- ORGAZ. Por la reja me ha entregado
este pliego un hombre armado
que el rostro guarda tenaz.
- CISN. (Leyendo.) «Para hablaros á la hora,
con noble lealtad que os jura,
señor, de vos se asegura
el obispo de Zamora.»
(Escribiendo.)
«Seguro podeis entrar
de que libre heis de salir.
Cisneros.» (Á Orgaz.) Tomad, abrir
podeis: dejadle llegar,
(Orgaz sale por el fondo.)
dadle ese pliego. Idos vos
- BAR. De esta noche de amargura
nos saque Dios con ventura:
aquesto es tentar á Dios.
(Sale por la derecha.)

ESCENA XII.

CISNEROS.

¡Insensato! ¡y viene aqui!
¡justicia de Dios parece!
¡Veremos si prevalece

su iniquidad contra mí!

ESCENA XIII.

DICHO, el OBISPO DE ZAMORA, por el fondo.

OBISPO. Padre y señor venerado...

CISN. Guárdeos Dios: muy bien venido,
aunque tarde y mal traído,
y como en batalla armado.
Con capacete y loriga
¿qué pudo haceros cargar?

OBISPO. Nada en esto hay que extrañar,
ni nada que contradiga
mi carácter; recios son
los tiempos.

CISN. Más recio aun
sois vos.

OBISPO. Conforme y segun.

CISN. Mas nunca segun razon.
Soberbio sois.

OBISPO. ¿Qué decís
vos, que esplendente ostentais
la púrpura, y aún la usais
en el lecho en que dormís!

CISN. Es mi lecho una tarima,
mi púrpura, á la verdad,
un signo de autoridad;
lo que se ve por encima.
Acercad, ¿qué os embaraza?

(Tomándole la mano y poniéndosela sobre el
pecho.)

tocad, y sin gran trabajo,
sayal hallareis debajo.

OBISPO. Y debajo la coraza.

CISN. Soy regente y general;
y á más, resguardarse es bien;
en mi coraza se ven
tres tiros de pedreñal;
si defensa no llevara,
en aquel dia muriera;
no se sabe dónde artera

guarda la traicion la cara.
Y no por temor bastardo,
no por alma envilecida,
defiendo mi triste vida:
para mi patria la guardo.
¡Pero vos! ¿quién á la lid
os llama? ¿de vuestra grey
quién os aparta? ¿qué ley
os justifica? ¡decid!

OBISPO. No esperé que tan severo
fuerais, señor, al juzgarme;
pero despues de escucharme
justicia de vos espero.

CISN. Justicia en vos se ha de hacer;
pues en delito habeis dado.

OBISPO. ¡Yo en delito!

CISN. Consagrado
en Roma fuísteis, sin ser
por mí propuesto: arrogante
os vinísteis en mal hora
á la iglesia de Zamora
que estaba *sede vacante*,
y por propia autoridad,
contra la ley de Castilla,
á lanzadas esa silla
tomó vuestra iniquidad.
Á mis alcaldes corristeis,
la justicia maltratásteis,
y todo lo atropellásteis,
y hasta á Dios os atrevísteis.

OBISPO. Mi padre en mi juventud
violentó mi inclinacion;
me ordené sin vocacion
y he tenido harta virtud.
El luengo ropou me ahogaba,
la humildad me enfurecía,
siempre rezar me roía,
el ócio me impacientaba.
No pudiendo papa ser,
obispo á lo ménos, dije:
aquel que una iglesia rije
manda en vez de obedecer.

Por ser obispo mi afán
no se calmó ni se calma:
mis turbulencias del alma
creciendo y creciendo van.
Cuando con grave concento
zumba el órgano en el coro,
la voz del clarín sonoro
vibra para mí en el viento.
Mi túnica se hace malla,
coraza mi pectoral,
y mi silla episcopal
férrea silla de batalla.
Al gemir el *miserere*
en la bóveda sombría,
oigo la voz de agonía
del que combatiendo muere,
y no hay razón que me venza;
en mi ser mi sino influye,
y allí el obispo concluye
donde el capitán comienza.

CISN. Yo haré que la terquedad
temeraria doblegueis.

OBISPO. (Con sarcasmo.) Dicen las gentes que haceis
milagros.

CISN. De voluntad;
y uno y grande es el sufriros.
Acuña, en resolución
vais á saber la razón
por que llegué á recibiros.

OBISPO. No vine con torpe ardid.

CISN. Á qué vinísteis no sé,
ni importa saberlo á fe.
No insistais. Atento oid.

OBISPO. (Con energía.) ¡El reino en peligro está!

CISN. En peligro no está, no,
mientras le gobierne yo.

OBISPO. ¡Mirad, señor!...

CISN. ¡Basta ya!
De un asunto que me enoja
voy á hablaros brevemente;
mi conciencia no consiente
lo que la ofende, y lo arroja.

Jamás en mi casa ha habido
mujer, y así á Dios pluguiera
que nunca jamás la hubiera.

OBISPO. Si esa mujer en su olvido
oyó lo que no debía,
escuchar tan sin reparo
no he de prestarla mi amparo.

CISN. ¿Sabeis, pues?...

OBISPO. Sí lo sabía.

CISN. Yo os digo que á esa mujer,
Obispo, habeis de casar.

OBISPO. Me obligais á declarar,
señor, que no puede ser.
De ilustre solar proviene
Soldevilla, y en mal hora
la mujer que le enamora
ni casa ni nombre tiene.

CISN. ¡Y sois vos, vos, quien difama
á Isabel!

OBISPO. He destinado
á Soldevilla, á mi ahijado,
á una rica y noble dama.

CISN. Sombra perdida en el viento
es la humana vanidad.
No mira la caridad
el nombre ni el nacimiento.

Decid, ¿qué creyerais vos,
Obispo, si donde empieza
la verdad, oro y nobleza
pidiera á las almas Dios?

OBISPO. ¡Dios es Dios! pero vivimos
los que en el mundo habitamos
con las leyes que ordenamos,
con las costumbres que hicimos.

CISN. En fin, ¿os negais?

OBISPO. Me niego.

CISN. Ved, Obispo, que tentais
al Señor.

OBISPO. ¡Me amenazais!

CISN. Acuña, vos estais ciego;
os engañais: la malicia
sus torpezas no hará en vano

mientras yo tenga en la mano
la espada de la justicia.

Que si soberbio y cruel
se niega á su obligacion
y vos le dais proteccion,
os cuelgo á la par con él.

OBISPO. Sólo por cortés arguyo,
que no hay ley para eso, no.

CISN. No hay más ley que la que yo
en mi conciencia instituyo.

Lo que no ha ordenado el rey
la ley de Dios lo prescribe,
santa ley que eterna vive:
yo sigo de Dios la ley.

El que de pasion impura
por la torpeza llevado
al vicio arrastra malvado
á una inocente criatura;
el que á su pudor se atreve
y emponzoña su destino,
es más vil que el asesino
que mata en la sombra aleve.

OBISPO. ¡Señor!

CISN. ¡En vuestra altivez
no veis que en este momento
ante vos yo represento,
Acuña, un terrible juez?

OBISPO. ¡Un juez terrible!

CISN. ¡Sí, Dios!

OBISPO. No os comprendo.

CISN. La evidencia
tengo de que es la conciencia
un horrible infierno en vos.

OBISPO. No sé por qué tal imperio
pretendeis en mí ejercer.

CISN. Voy á haceros entender
lo que juzgais un misterio.
Pues deber ó compasion
en vos no consigo hallar,
Acuña, voy á tocar
vuestro duro corazon.
Una noche del convento

me sacaron á deshora.
hallé una infeliz señora
en un infame aposento.
De dar á luz acababa,
en abandono cruel,
á la infeliz Isabel
que ya su orfandad lloraba.
Sufriendo viles engaños
la madre infeliz murió.
Isabel... la amparo yo
há ya veinticuatro años.
Para la madre virtud
no tuvisteis ni aun amor.

OBISPO. Fué esa desdicha un error
de mi insana juventud.

CISN. ¿Comprendeis ya la evidencia
que tengo de que malvado
sois ó teneis encerrado
un infierno en la conciencia?

OBISPO. ¡Dejadme!! (Conmovido.)

CISN. ¿Por qué ocultar
el dolor, aunque tardío?
¡No juzgueis milagro mio
el que yo os mire llorar!

OBISPO. (Rehaciéndose.)
¡Lágrimas no, si quebranto
mi abrasado pecho siente:
para subir de su fuente
no tiene fuerzas mi llanto!

CISN. ¡Dios tenga de vos piedad!

OBISPO. ¿Quién de amor en el pecado,
alma teniendo, no ha dado
en su loca inocedad?

Dios os lo pague, señor,
pues la amparásteis. Yo haré
lo que debo: enmendaré
en lo posible mi error.

CISN. Daréisme en ello contento;
pero entended que mañana,
la Concepcion franciscana
ha de verla en su convento.
Sacadla y esta mancilla

- cese al punto.
- OBISPO. Ella ha de ser
mañana mismo mujer
de mi ahijado Soldevilla.
- CISN. Hareis bien.
- OBISPO. Ahora es forzoso
que yo os diga por qué vine.
- CISN. Es hora de que termine
aqueste asunto enojoso.
Idos ya.
- OBISPO. No puede ser
que el reino en armas está.
- CISN. Dios, Acuña, proveerá.
- OBISPO. Mañana al amanecer
no habrá remedio. Á acorremos
vine, señor; á ayudaros;
quieren los grandes quitaros
los poderes; deponeros...
- CISN. ¡Basta, Acuña! ¡Idos!
- OBISPO. ¡Señor!...
- CISN. ¡Nunca dos veces mandé!
¡Idos!
- OBISPO. ¡Os pierde la fe!
- CISN. ¡Salid!
- OBISPO. ¡No importa! ¡Mejor!
(Váse por el fondo.)

ESCENA XIV.

CISNEROS.

No, no puede osarse á más.
Contra la evidencia lucho:
dudando estoy y aún escucho
esa voz de Satanás.
La blasfemia, la arrogancia,
la empedernida conciencia,
la soberbia, la insolencia,
la amenaza, la jactancia.
¡Y á tal hombre he de sufrir
y á otros tales como él!...
¡Y he de apurar esta hiel

cuando me siento morir!
¡Y este reino á quien he dado
tantos años de desvelos,
perdido he de ver, oh cielos,
por sus hijos desgarrado!
Si á mi vida al acabar
tal dolor se la depara,
¡ay! ¡nunca, nunca dejara
mi ermita del Castañar!
¿Mas qué es aquesto? ¿mi fe
vacila, duda, se abate?...
¡Ah! ¡no, no! ¡venga el combate!
¡Dios me ayuda! ¡Venceré!

ESCENA XV.

DICHO, BARRIENTOS, por el foro.

BAR. ¡Albricias, señor, albricias!
CISN. ¿Y de qué, mi buen Barrientos?
BAR. El capitan Soldevilla
llega en este punto mesmo
y buenas noticias trae
CISN. Que entre al punto.
(Váse Barrientos por el foro.)

ESCENA XVI.

CISNEROS, solo.

¡Oh Dios! ¡mis ruegos
has escuchado! ¡sí, sí!
¡con tu favor nuestro esfuerzo
alcanzará la victoria!
¡Con nuevo vigor me siento!
¡Morir!... ¡no!

ESCENA XVII.

DICHO, SOLDEVILLA, por la puerta del foro.

SOLD. Dadme las plantas...
CISN. Alzad y decidme presto.

- SOLD. El camino devorando,
sin dar al caballo aliento,
vengo, señor, de Alcalá
y tras mí vienen los tercios.
- CISN. ¿Cuánta gente?
- SOLD. Dos mil lanzas,
tres mil caballos ligeros,
diez tiros de artillería,
cuatro menores, seis gruesos,
un escuadron de alabardas
y seis mil arcabuceros.
- CISN. ¡Conque al fin ¡tiene el rey fuerza
para abatir los soberbios!
¡Ah, mis bravos ricos hombres!
¡ah, mis prelados, que el templo
trocais por la fortaleza
y la mitra por el yelmo!
el humilde franciscano
ha dado al rey un ejército;
ya puede ser rey el rey,
ya puede ser reino el reino,
ya alcanzará la justicia
al grande como al pequeño.
- SOLD. Mucho el rey, señor, os debe.
- CISN. Yo más á mi patria debo.
Aquí esperad, Soldevilla,
que han de entregaros un pliego.
- SOLD. Señor, vuestra sacra mano.
- CISN. Tened y que os guarde el cielo.
(Váse por la derecha.)

ESCENA XVIII.

SOLDEVILLA.

Á la fin solo conmigo
y mi desdicha me encuentro.
De esta noble casa dentro,
que de mi amor es testigo,
miedo el corazon me asalta,
que honrada lealtad me sobra,
pero al llegar á la obra

la resolución me falta.
Si yo tengo esposa ya,
á la que he dado mi fe,
¿cómo la esposa tendré
que mi padrino me da?
¿Cómo decirle: Señor,
vos acrecerme quereis.
¡oh, sí! pero no sabeis
que alma, vida, fe y honor,
cuanto cual noble y cristiano
me alcanza, obligado tengo?
¿si á complaceros me avengo,
mirad que daré en villano!...

ESCENA XIX.

DICHO, JUANA por el foro, en el que ha aparecido poco ántes.

JUANA. ¡En muerto dareis mejor,
mientras yo viva, á mi ver!

SOLD. ¡Ah, señora!

JUANA. ¡Esto ha de ser!...

ESCENA XX.

DICHOS, BARRIENTOS, por la derecha.

BAR. Perdonadme: del señor .

JUANA. Importuno habeis llegado.

BAR. Para vos yo siempre llevo
importuno. (Á Soldevilla.) Aque se pliego
abrid y cumplid honrado.

SOLD. (Leyendo.) «Al capitan Soidevilla:
Id á prender, sin demora,
al obispo de Zamora
donde se encuentre en la villa.»

JUANA. Y os vais?

SOLD. ¡Desdicha mayor!
¡que yo al obispo!...

BAR. Es patente;
quien manda aquí es el regente.

SOLD. ¡Quien manda en mí es el honor!

JUANA. ¡Que siempre en vos mande espero!
BAR. (Á Soldevilla.) No tardeis.
(Á Doña Juana.) (Tengo que hablaros.)
SOLD. ¡Señora, vendré á buscaros
por mi fe de caballero!
(Váse por el fondo.)

ESCENA XXI.

DOÑA JUANA, BARRIENTOS.

JUANA. Jamás ocasion dejais:
enojoso estais... y en hora
llegais muy mala.
BAR. Señora,
hareis mal si no escuchais.
JUANA. ¡Lo de siempre!
BAR. ¿Y qué ha de ser
si vos me habeis trastrocado?
JUANA. ¡Siempre y siempre tan cansado!
BAR. ¡Sin ventura hoy como ayer!
Agora con sentimiento,
no hablo de mi amor en nombre;
órden tengo, y no os asombre,
de llevaros á un convento
con doña Isabel.
JUANA. ¡No tal!
BAR. Órden expresa, apremiante...
si yo quiero... pues... no obstante,
que lo manda el cardenal.
Mas suponiendo me atreva
á todo por vos... podré...
esperar...
JUANA. ¡Oh! ¡yo sabré
cumplir con vos como deba!
Mas en suma...
BAR. Lo sé todo...
JUANA. ¡Todo!
BAR. Si yo siempre acecho...
voy á soltaros del pecho
un secreto... y de tal modo
mi amor se pruebe...

- JUANA. Dejád
el amor...
- BAR. Antes dejara
estos ojos de mi cara.
- JUANA. ¡Pero decid!
- BAR. Escuchad:
Doña Isabel mi señora
es hija...
- JUANA. ¿De quién? ¿de quién?
- BAR. ¡Doña Juana, escuchad bien!
¡del obispo de Zamora!
- JUANA. ¡Qué decís!
- BAR. Aquí, no há mucho,
al tal obispo, en conciencia,
lo dijo su reverencia,
y á mí, porque siempre escucho,
fuerza será os favorezca
el obispo en conclusion.
- JUANA. Vamos pues sin dilacion.
- BAR. Esperad á que amanezca.
- JUANA. ¡Ah! ¡no! ¡al momento!
- BAR. ¡No tal!
¡aún no ha llegado la hora!
¡si vos me ayudais, señora,
yo salvaré al cardenal!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO PRIMERO.

Posada en el barranco de Segovia de Madrid: habitacion baja abierta al patio: al fondo el portalon de la posada: en primer término puertas laterales; en el portalon se pasea un guarda con la pica al hombro.

ESCENA PRIMERA.

EL POSADERO, por la puerta de la derecha, pretendiendo impedir á BARRIENTOS que entre.

POSAD. Ya os dije que el meson por hoy no es mio:
que le tiene ocupado á su albedrío,
yo pienso que en mal hora,
el reverendo obispo de Zamora,
que si el gasto le pido
en moneda de hierro, y bien batido,
ha de dármelo, y largo, á lo que creo.
Sólo os puedo servir con el deseo,
que hasta el pajar me tienen ocupado.

BAR. Yo he de verme contento y bien hallado

si me otorgais licencia
de que espere á su brava reverencia.

POSAD. No puedo, que me expongo á un lance
¿mas cómo habeis podido, yo os conjuro
llegar hasta este sitio, si vedado
el portalon está?

BAR. ¡Bien preguntado!
Como me veis así, con este pelo,
entre seglar y sacristan, me cielo,
con la misma lisura con que os hablo,
en un lugar aunque le guarde el diablo;
por el corral entréme que da á espaldas
de vuestra casa, mas dejé las faldas,
que introducir conmigo no podía
en casa de una cierta amiga mia,
que, para hablar en plata,
no deja lo gentil por lo beata,
y que en calma bendita
en esta misma vecindad habita.

POSAD. ¡Faldas dijisteis! ¿pues usais las tales?

BAR. Llamadlas faldas, hábitos, briaes,
como querais, que tanto se me importa.

POSAD. Habeis dejado mi razon absorta;
si dijérais sotana,
se os pudiera creer de buena gana:
¿pero faldas decís?

BAR. Y bien garridas;
quiero decir, que fueron conducidas
hasta cerca de aquí por mi persona
dos damas, en las cuales se blasona
de la beldad más alta la valía.

POSAD. Pues de damas no pinta bien el dia,
que si Dios no los tiene de su mano,
como soy posadero y aun cristiano,
ha de ser de tumulto y batahola.

BAR. Para empeños así se pinta sola
su brava reverencia zamorana.

(Suenan clarines cerca y lejos en varias direcciones.)

¿Qué es esto?

POSAD. La oracion de la mañana
que tocan los clarines á destajo

de ese diablo de obispo.

- BAR. Hablad más bajo.
POSAD. ¿Quién nos puede escuchar si duermen todos?
BAR. Hermano, de escuchar hay muchos modos,
y á veces quien parece está durmiendo
hasta por las narices está oyendo.
Decídmelo eso á mí, que tengo cierto
he de escuchar mejor despues de muerto.
VOZ. ¿Quién vá? (Dentro.)
VOZ 2.ª (Id.) ¡El señor Obispo!
VOZ 3.ª (Id.) ¡Arriba, ea,
los de la guarda!

(Los soldados que están tendidos acá y allá por la escena, se levantan y se dirigen al portalon, por el cual desaparecen.)

- POSAD. ¡Con el diablo sea!
Ya, amigo, que os colásteis, bien venido,
mas decid que del cielo habeis caido,
y con Dios os quedad, que yo me escurro.
(Váse por la derecha.)
BAR. Bien me ha de recibir segun discurro;
pero no perdonemos la prudencia,
que puede cornear su reverencia.

ESCENA II.

BARRIENTOS, el OBISPO DE ZAMORA, á quien sigue uno de los cabos de su gente.

- OBISPO. (Al cabo.)
Á la guardia prevenid,
puesto que ya ha amanecido:
tened bien apercebido
el escuadron: advertid
que sabe Dios si saldremos
con bien en lo que intentamos:
cumplid bien ó á vernos vamos.
(Váse el cabo por el fondo y el Obispo adelanta
hácia el proscenio.)
¡Hola, Perez! ¿qué tenemos?
¡Ah, no es Perez! (Reparando en Barrientos.)
BAR. Mas soy yo,

BAR. Nada más.

OBISPO. Me pareceis embustero
y astuto: os hallo mañero
de lo encogido detrás.
Abrid al punto el ropin.

BAR. (Cambiando de tono.)

Pues habeis adivinado:
mirad:

(Se abre la especie de bata que lleva puesta, y
debajo, en el sayo, sobre el pecho, deja ver la
cruz dominica, signo del Santo Oficio.)

familiar privado

de la Santa Inquisicion.

OBISPO. ¡Ah! ¿conque sí? ¿y os envía
con un liviano pretexto
nuestro buen señor, dispuesto
á hacer junto á mí el espía?
¿Y os fingís el mentecato
y á mí os venis sin rebozo?
¡Vive Dios, que ya me gozo,
don pícaro, con el trato
de cuerda que os van á dar,
si es que no hablais de corrido!

BAR. Yo al cardenal he vendido.

OBISPO. ¿Y me lo podeis probar?

BAR. Señor, el tiempo perdemos:
á doña Juana traeré
y á doña Isabel.

OBISPO. No á fe:
es fuerza que ántes hablemos.
¿Qué érais junto al cardenal?

BAR. Maestresala, mayordomo,
paje, aunque de tomo y lomo.

OBISPO. ¡Y espion!

BAR. Todo es igual.

OBISPO. Al Santo Oficio prestado
sin duda os tomó...

BAR. Sí á fe:
me vió, me habló, y yo no sé.
mas me puso á su mandado.

OBISPO. Me pareceis hombre ducho.

BAR. Sí señor, no me descuido;

tengo despierto el oido,
y escucho bien cuando escucho.
Sé cuando debo callar
y cuando debo decir,
y qué he de hacer para oír
lo que quiero averiguar.
Soy de buen genio y abierto,
un cuitado, un pobre hombre,
pero á veces, no os asombre,
en un lobo me convierto.

OBISPO. ¿Por qué habeis llegado á ser
para el cardenal traidor?

BAR. Por un exceso de amor.

OBISPO. ¡Cómo!

BAR. Por una mujer.

OBISPO. ¿Sabeis quién soy yo?

BAR. Barrunto
que es serviros peligroso.

OBISPO. Quién es conmigo insidioso...

BAR. Se puede dar por difunto.

OBISPO. Por lo mismo en puridad
vais á decirme...

BAR. Sí haré.

OBISPO. ¿Sabeis?...

BAR. Sí, todo lo sé;
que doña Isabel...

OBISPO. Callad.

BAR. Mas yo, señor, no me espanto,
que en llegando la ocasion
es la mujer tentacion
bastante á perder á un santo.

OBISPO. ¿Doña Isabel sabe?...

BAR. No,
ni por mí lo ha de saber.
Mas lo sabe otra mujer,
la madre que la crió.
Una santa, una bendita,
mas con el alma en su almarío.

OBISPO. ¡Vive Dios, sois temerario!

BAR. ¿Qué enamorado medita?

OBISPO. Verdad es notoria y llana,
y yo os absuelvo por ella.

- BAR. La mujer nos atropella;
dígalos mi doña Juana.
- OBISPO. Á mi servicio yo os tomo
- BAR. Tengo un señor bravo y fiero.
- OBISPO. Servidme bien como espero;
mas si me engañais...
- BAR. ;Pues cómo!
- OBISPO. Al momento vais á ir
esas damas á buscar,
gente os ha de acompañar;
podeis seguro venir.
;Hola! (Volviéndose hácia el fondo.)

ESCENA III.

DICHOS, UN CABO de la guardia del Obispo.

- CABO. (Adelantándose.) ;Señor!
- OBISPO. Al momento,
á este hidalgo resguardando
id con diez hombres, cuidando
de que no haya impedimento.
(Á Barrientos.)
Id, que la vuelta no tarde,
que me dejais impaciente.
- BAR. No temais que os descontente.
- OBISPO. Id con Dios.
- BAR. Que Dios os guarde.
(Vánse Barrientos y el Cabo por el portalón.)

ESCENA VI.

EL OBISPO, solo.

;Ella aquí! ;y á verla voy!
;la sombra de mis ensueños
de dolor! ;la eterna llama
de un voraz remordimiento!
;Ella! ;su madre!... ;Beatriz!
;ah! ;pertinaces recuerdos!...
yo no la amaba... yo iba
desatentado mancebo

del amor por los verjeles,
flores y abrojos cogiendo;
era para mí la vida
un torbellino de fuego,
un afán nunca saciado,
un jamás vencido empeño.
La juventud hace el mal
sin pensarlo y sin quererlo,
y luego vienen los años,
la triste verdad con ellos,
y sentimos más la vida
cuanta más vida perdemos.
Las historias olvidadas
vuelven, consigo trayendo
dolores que no sentimos
cuando evitarlos pudiéramos;
sombras que escuchar nos dejan
en las ráfagas del viento
el ¡ay! triste y pavoroso
de un desdichado amor muerto.
¡Bah! ¡delirios!... es que estoy
de un endiablado humor negro.
Es que batallo y batallo,
me obstino y vencer no puedo.
¡Una larga noche en lucha
con esos grandes soberbios!...
Se sienten fuertes, y todo
lo quieren en su provecho.
¿Qué debo hacer? De seguro
al cardenal servir debo;
pero mi ayuda no quiere;
no importa; después veremos.
Está, aunque ocultarlo intenta,
muriéndose ya de viejo.
Si le ayudo y por mí triunfa
y como es justo le heredo...
primado de las Españas...
y luego... ¿quién sabe?... luego... (Pausa.)
¿Por qué vacilar? Sepamos
á dónde llegar podemos.
¡Eh! ¡Perez!
(Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.)

ESCENA V.

DICHO. PEREZ, por la izquierda.

- PEREZ. (Dentro.) ¡Señor!
BISPO. Venid;
(Aparece Perez.)
pero vive Dios que creo
que aún estais adormecido.
PEREZ. Señor... la costumbre... el sueño...
OBISPO. Pues, hermano, ser soldado
no es como ser pertiguero.
PEREZ. Como vos, señor, andabais
fuera, corriendo los puestos,
con la soledad dormíme.
OBISPO. No corrí, que estuve en cierto
lugar con ciertos señores;
por lo mismo saber quiero
dónde los míos están,
cuántos son.
PEREZ. (Sacando un pliego de la escarcela.)
En este pliego
noticia ha dado el vicario
punto por punto.
OBISPO. Leedlo.
PEREZ. «Noticia que da...»
OBISPO. Adelante;
dejad encabezamientos.
PEREZ. «Del barranco de Segovia
»y de allí al Alcázar Viejo,
»pasando por la Almudena,
»hay, con el Dean, trescientos
»hombres de armas: en las Huertas
»de la Priora y su término
»y en los Caños del Peral,
»con el señor racionero
»Avendaño, hay ciento ochenta
»peones, y cien apuestos
»ginetes: en Balnadú
»se muestran los ingenieros

» con diez bombardas mayores
» y cuatro tiros pequeños.
» De este sitio á San Martin
» están los arcabuceros
» con el señor Doctoral.
» El penitenciario, ciento
» con alabardas extiende
» desde San Martin, cubriendo
» hasta la Puerta del Sol.
» Despues el señor maestro
» de ceremonias, cien lanzas
» mantiene de trecho en trecho
» hasta las Huertas: de allí
» por el Atochal, volviendo
» á la Torre del Leal,
» ciento cincuenta piqueros
» con el Arcediano asisten;
» prosiguen dando un rodeo
» al Campillo de Manuela
» cuatrocientos ballesteros
» con el prebendado Porras.
» De este punto van siguiendo
» por Gilimon, las Vistillas
» al Barranco, los piqueros,
» con el preste Perez Yañez,
» allí cerrando el extenso
» circuito de la villa.
» En Puerta de Moros prestos
» á todo, comanda el Chantre
» treinta caballos ligeros.
» En el Rastro y Tenerías
» están cien ginetes buenos
» con el Sacristan mayor,
» y allá en el Humilladero
» hay ciento veinte peones
» con el licenciado Arévalo.
» Defienden la Morería
» de San Francisco á San Pedro
» cien ginetes, y por fin
» aquí de guarda tenemos
» cien lanzas. Cuenta la hueste
» hombres mil y novecientos.

(Guarda el papel.)

OBISPO. Muchos más tienen los grandes.

PEREZ. Han tomado gente á sueldo

OBISPO. ¿El duque del Infantado,
dó tiene sus mesnaderos?

PEREZ. En el Alcázar.

OBISPO. ¿Y el conde
de Benavente?

PEREZ. Más lejos
el monte de Leganitos
ocupa.

OBISPO. Los del concejo
de Madrid, ¿en dónde están?

PEREZ. Allá en el Derrumbadero.

OBISPO. El magnífico Almirante,
¿dónde su estandarte egregio
ha plantado?

PEREZ. San Gerónimo
del Paso es su campamento.

OBISPO. Las ciudades de Segovia
y Ávila que prometieron
hombres, ¿les han enviado?

PEREZ. Esperan á cielo abierto
en el monte de Amaniel.

OBISPO. Según cuenta somos ménos
que los de los grandes.

PEREZ. Más
de siete mil tienen ellos,
y nombrar se me olvidaba
al señor de los Cameros,
qué está en el Abroñigal
con su escuadron.

OBISPO. Nos veremos
cuando á la ocasion llegáremos.

PEREZ. Pues ya se acerca el momento.

VOZ 1.^a (Dentro) ¡Ah de la guarda!

VOZ 2.^a ¿Quién va?

VOZ 1.^a ¡Gente del Obispo!

OBISPO. ¡Ellos!

Vigilad, Perez, la guarda,
y á mi voz estad dispuesto.

(Váse Perez por el fondo.)

ESCENA VI.

EL OBISPO, poco despues DOÑA JUANA, por el fondo.

- OBISPO. ¡Sí, ellos son! ¡Pero por qué,
por qué este dolor que siento?
- JUANA. ¿Quién es? ¿dónde está? ¿sois vos
el obispo de Zamora?
- OBISPO. Para serviros, señora.
- JUANA. ¡Mil mercedes! ¡Guárdeos Dios!
- OBISPO. ¡Venis sola!
- JUANA. No, que afuera
por honrados miramientos,
guardada por Gil Barrientos
la pobre Isabel espera.
- OBISPO. ¿Por qué esa espera?
- JUANA. ¡Ha de ser!
- OBISPO. ¡Brava sois!
- JUANA. No lo bastante;
mas, en fin, y Dios mediante,
lo que soy hemos de ver.
En el cerco de Granada
murió mi padre; mi hermano
á orillas del Garellano,
y de dolor mi cuñada.
Dejáronme sin cuantía,
que eran pobres; pero no,
no me quejo; me quedó
con su valor su hidalguía.
Doña Juana de Escalada
me llama, y á veros vengo
con los títulos que tengo
de mujer buena y honrada.
Ahora, señor, es forzoso
que yo os diga...
- OBISPO. Fuera en vano;
con Isabel tanto gano
que ya me siento dichoso.
- JUANA. Juicios son estos de Dios.
- OBISPO. De quien son juicios no sé.
- JUANA. Si habeis perdido la fe

Dios tenga piedad de vos.
OBISPO. Dios me ha dado el alma inquieta,
que no hice yo el alma mia,
ni yo he buscado la impía
desdicha á que está sujeta.
Todo lo que yo anhelé
y tenaz buscando fui,
deshecho en humo lo ví
al punto que lo toqué;
dolorido y anhelante
voy, mi destino apurando,
desdichas atrás dejando,
viendo imposibles delante;
y pues que yo soy así,
por altos juicios de Dios,
hablemos algo de vos,
que harto he hablado de mí.

JUANA Yo, señor...

OBISPO. Siempre ha de hallar
imposibles mi deseo;
obligado á vos me veo,
y en vano os quiero pagar.

JUANA. Cumplid vuestra obligacion
con aquesa mi hija amada,
que yo estoy harto pagada
por mi propio corazon.

OBISPO. Tan venturosa ha de ser
como sin ventura ha sido.

JUANA. ¡Sin ventura no! Ha tenido
cuanta pudiera tener:
madre amante, protector
generoso, noble, santo,
y no ha conocido el llanto
hasta que sintió el amor:
mas si en él hay desventura,
no hay vergüenza que la aflija,
no; que yo os traigo mi hija,
como un rayo del sol, pura,

OBISPO. Su desventura de amor
ha acabado; casará
con Soldevilla.

JUANA. ¿Y dó está?

- OBISPO. No lo sé.
JUANA. ¡Cómo, señor!
¿qué decis? Él á buscaros
anoche vino, á prenderos.
OBISPO. Habré de satisfaceros;
mas me asombra el escuecharos.
¿Á prenderme vino?
JUANA. Sí,
por órden del cardenal.
OBISPO. ¡Hola, Perez!

ESCENA VII.

DICHOS, PEREZ, por el fondo.

- OBISPO. ¡Pési á tal!
¿quién vino á prenderme aquí?
PEREZ. Vino con tal pretension
un capitan. Por su exceso
está en el Alcázar preso.
OBISPO. Id por él sin dilacion.
Mal hicisteis en no darme
cuenta.
PEREZ. ¡Hay tanta y tanta cosa!
OBISPO. ¡Gente inútil, torpe, ociosa!
Id, que no quiero enojarme,
y el preso al punto traed.
(Váse Perez por el fondo.)

ESCENA VIII.

DOÑA JUANA, el OBISPO.

- OBISPO. Ya lo veis: yo lo ignoraba.
JUANA. Perdonad, pero aún no acaba
mi pretension: atended.
OBISPO. Que aún os mostreis afanosa,
señora, me maravilla.
Isabel, de Soldevilla,
yo os lo juro, será esposa;
en vuestro poder la pongo,
y libre de este cuidado,

á cumplir lo que obligado
estoy á hacer me dispongo.

JUANA.

¿Y á qué obligado os habeis?
¡á injuriar á un noble anciano!
¡téngame Dios de su mano,
pero horrible es lo que haceis!
para decir, os alzais,
á un varon insigne, grande,
no habeis de ser quien nos mande;
idos de aquí, que estorbais;
idos, que vuestro derecho
no nos cumple respetar;
¿quién os mandó gobernar
ni quién regente os ha hecho?
La inícua empresa no envidio;
los que en ese noble anciano
pusieren la torpe mano
darán en el parricidio.
¡Ah señor! ¡no injurieis vos
á ese varon venerado,
á ese varon consagrado,
por su patria y por su Dios!

OBISPO.

Yo no sé por qué os altera
un tal cuidado, señora.
Será llegada la hora
lo que verá el que no muera.

JUANA.

¿Qué decís? ¿pues para qué
estais aquí?

OBISPO.

¿Qué sé yo?
¿quién lo sabe? Ello empezó,
cómo ha de acabar no sé.

JUANA.

Vos debeis con noble pecho
defender su autoridad.

OBISPO.

No tienen, á la verdad,
los grandes mejor derecho.
Si todo lo quieren ser
escuchando su ambicion,
ya verán en la ocasion
lo que han llegado á tener.

JUANA.

¿Pero con ellos no estais?

OBISPO.

Estuve, mas no nos quieren;
en fin, vengan cual vinieren

las cosas, nada temais.
De ellos estamos seguros;
tienen mis gentes cubiertas
de Madrid todas las puertas
y las torres y los muros.
Pues desprecian sin razon
á los clérigos, verán
cuán engañados están,
quiénes los clérigos son.

JUANA. Viendo estoy con maravilla,
señor, que por su provecho
todos exponen el pecho,
mas ninguno por Castilla.
Si en vez de trataros mal
los grandes, os acogieran,
y en el lugar os pusieran
que hoy ocupa el cardenal,
entónces esos señores
fueran para vos los buenos,
de amor á la patria llenos,
de la patria salvadores;
¡pobre patria desgarrada,
triste madre dolorida,
tan llevada y tan traída
y siempre tan malparada!

OBISPO. ¡Señora!

JUANA. Para hablar llano
tengo derecho cumplido;
yo por la patria he perdido
á mi padre y á mi hermano.
Una noche de dolor
hija me dió la virtud;
yo olvidé mi juventud,
ella fué mi solo amor.
Dejadme, pues, exhalar
de mi afan la queja impía.

OBISPO. Ya os dije, señora mia,
que yo no os puedo pagar.

JUANA. Pues es justo y es razon
que de pagarme halleis modo;
hija, padre, patria, todo,
me duele en el corazon.

- OBISPO. Ya os he dicho que Isabel...
- JUANA. En cuanto á Isabel, corriente; pero mi padre, el regente, ¿qué vamos á hacer por él?
- OBISPO. Decidme vos la manera de ampararle y yo le ataparo. No he de poner os reparo aunque me pidais que muera. Lo he de probar con exceso.
- VOZ 1.^a (Dentro.) ¡Ah! de la guarda! ¿quién va?
- VOZ 2.^a (Id.) ¡Gente del Obispo!
- OBISPO. Ya aquí tenemos al preso.
- JUANA. ¿Á Soldevilla?
- OBISPO. Sí tal. Dejadme solo con él.
- JUANA. Pensad en vuestra Isabel y en servir al cardenal.
(Doña Juana se envuelve en su manto de tal manera, que al cruzarse al salir con Soldevilla, que entra, éste, aunque la mira con atencion, no puede reconocerla.)

ESCENA IX.

EL OBISPO, SOLDEVILLA, por el foro.

- SOLD. ¡Mujeres aquí! he creido reconocer...
- OBISPO. ¡Hola, ahijado! parece que te ha extrañado esa dama que ha salido.
- SOLD. En verdad que no está el dia para damas, ni el lugar es al caso.
- OBISPO. Es un azar de una antigua historia mia. Pero vengamos á tí. ¿Tú en poder de carceleros?
- SOLD. ¿Qué quereis? vine á prenderos y me prendieron á mí. Por fuerza, solo venía,

- y aunque con gente viniera
ménos que la vuestra fuera.
- OBISPO. Pues me alegre, sí á fe mia.
Vamos á hablar brevemente,
que aprieta el tiempo de modo
que puede perderse todo.
- SOLD. Mejor, triunfará el regente.
- OBISPO. ¿Es decir, que tú á Cisneros
sirves fiel?
- SOLD. ¿Y cómo no
si noble me protegió?...
- OBISPO. Y en su casa dos luceros
llegaron á deslumbrarte?...
- SOLD. Aunque esos ojos no viera
por mi cruda suerte fiera,
tuviérame de su parte.
Ni yo puedo ser infiel
al cardenal mi señor,
ni tampoco ser traidor
á mi adorada Isabel.
Aquí á vuestra voluntad
estoy; podeis castigarme
aunque á un tiempo á disculparme
vengan amor y lealtad.
- OBISPO. Con suerte has nacido, mozo,
pues lo que quieres va á ser.
- SOLD. ¿Dáisme á Isabel por mujer,
señor? ¿no me engaña el gozo?
- OBISPO. Con toda el alma y al punto.
- SOLD. ¡Ah señor! ¡fiero sería
el engaño!
- OBISPO. ¿Á qué vendría?
vamos, ahijado, á otro asunto.
- SOLD. ¡Qué mudanza!
- OBISPO. Á interrumpirme
no vuelvas, que el tiempo pasa
y apremia. En la noble casa
del Infantado á reunirme
con otros señores fuí
anoche: los encontré
muy valientes, pero á fe
muy poco nobles los ví.

Más que á guardar nuestros fueros
cada cual iba á su asunto,
y se llegó casi á punto
de desnudar los aceros.

Yo callaba y les oía;
todo el mundo razonaba
sin razon, se conspiraba,
se amañaba, se mentía.
Era la patria, en conciencia,
un pretexto; la verdad,
llegar á la autoridad
del consejo de regencia.

Yo que tales cosas ví,
que ellos todo lo querian,
que á los buenos no atendian,
fuíme y dije para mí:
si estos son los comuneros,
de ellos nos libre el Señor;
es más digno y es mejor
servir al noble Cisneros.

SOLD. Pues entónces á acabar
de una vez: con vuestra gente
vamos, señor, de repente
en ellos á muerte á dar.

OBISPO. Nos vencieran: la razon
no vale cuando el contrario
es más fuerte: temerario
te engaña tu corazon.
Y luégo, ¿por qué decir
al descubierto aquí estoy,
esto soy ó esto no soy,
de allí vengo, allá he de ir?
Nunca á mucho llegarás
si no mudas parecer.

SOLD. No sirvo para correr
de la fortuna detrás.

OBISPO. Pues quien no corre tras ella
ó es menguado ó está loco.

SOLD. Yo, señor, pretendo poco.

OBISPO. Te halaga tu buena estrella.
¿En dónde, dime, has estado
tres dias?

- SOLD. Por el regente
fui á buscar á la gente
que en Alcalá se ha juntado.
- OBISPO. ¡Los tercios! ¡y los espera!
- SOLD. En el camino los dejo.
- OBISPO. ¿Y quién los comanda?
- SOLD. El viejo
capitan Diego de Vera.
- OBISPO. ¡Bravo soldado!
- SOLD. Sí tal.
- OBISPO. Al fin se comprende bien
me tratára con desden
el soberbio cardenal.
Su firmeza justa hallo.
¿Son buenos?
- SOLD. Como leones.
- OBISPO. ¿Cuántos?
- SOLD. Doce mil peones
y cinco mil de á caballo.
- OBISPO. ¿Cuándo salieron de allí?
- SOLD. Ayer al alborear.
- OBISPO. Entónces pueden llegar
en un buen momento aquí.
- SOLD. Lenta es la marcha y tardía
por los bueyes matalones
que arrastran los carretones
de la gruesa artillería.
- OBISPO. Mas los caballos ligeros,
si se les llega á avisar,
pueden la espuela apretar,
pueden llegar los primeros.
Vé á buscarlos: que apresuren
su marcha: que á tiempo lleguen,
que á mis clérigos se agreguen,
que el triunfo nos aseguren.
Á cada instante la urgencia
es mayor. Aún no ha sonado
la señal en que han nombrado
el consejo de regencia;
la aguarda Madrid entero.
- SOLD. ¡Una señal!
- OBISPO. Sí, á fe mia.

tres tiros de artillería
que á cada momento espero.

Á partir prevente ya:
aquí te guardo tu amor.

SOLD. ¡Armas, caballo, señor!

VOZ 1.^a (Dentro.)

¡Ah de la guarda!

VOZ 2.^a (Id.) ¡Quién va?

VOZ 1.^a (Id.) Correo del condestable.

OBISPO. ¡Ah! ¡desconfían de mí!

Ahijado, espérame aquí;
es fuerza que con él hable.

(Váse el Obispo por el foro.)

ESCENA X.

SOLDEVILLA.

Imposible es comprender
tal mudanza... ¡la ambicion!
¿mas por qué, por qué razon
me da á Isabel por mujer?
En terribles dudas lucho
que me espantan, ¡ay de mí!

ESCENA XI.

DICHO, BARRIENTOS, por el fondo.

BAR. ¡Capitan!

SOLD. ¿Sois vos?

BAR. Yo, sí;

yo que siempre, siempre escucho.
Tal he llegado á escuchar
que no me pude tener.

SOLD. He encontrado una mujer
en este sitio al entrar,
y aunque en manto bien cumplido
iba encubierta y tapada,
doña Juana de Escalada,
por quien soy, me ha parecido.

BAR. La venden su gallardía,

su talante, su altivez;
basta con verla una vez;
así tiene al alma mia.
Pero ved que llega aquí
y que álguien viene con ella.
Nacisteis con buena estrella.

ESCENA XII.

DICHOS, DOÑA JUANA y DOÑA ISABEL, por el fondo,
cubiertas con los mantos.

- SOLD. (Dirigiéndose á Doña Isabel.)
¡Isabel!
- ISABEL. (Abriéndose el manto.) ¡Juan! ¡ay de mí!
- SOLD. ¡Oh dicha! ¡en este lugar
encontrarte no esperaba!
- ISABEL. Cuando mi desdicha acaba
pienso que todo es soñar.
- SOLD. Al fin mi destino impío
no me aflige con su encono.
- ISABEL. ¡Juan! ¡mi Juan!
- SOLD. ¡Cuanto ambiciono
tengo ya! ¡Gracias, Dios mio!
(Á Doña Juana.)
Vos, señora, perdonad
si en saludaros tardé,
que al ver á Isabel cegué
de amor, de felicidad.
- JUANA. Si enamorada y dichosa
por vos, capitan, la veo,
cumplido cuanto deseo
veré al verla vuestra esposa.
- BAR. Perdone tan dulce amor,
que tiempo para él habrá,
y en el peligro en que está
nuestro noble y buen señor,
fuerza es que todos pensemos
en el medio de ampararle,
de defenderle y salvarle,
y ese medio le tenemos.
- JUANA. Decid al punto: ¿cuál es?
- BAR. Hay una mina que pasa

del cardenal por la casa
y llega hasta San Andrés.
Por allí sin ser sentidos
pueden en la casa entrar
los del Obispo, y estar
para todo prevenidos.

JUANA. ¡Oh, lo estarán!

ESCENA XIII.

DICHOS, el OBISPO, por el foro.

OBISPO. ¡Mal venablo!
el del condestable oyó
tal, que espantado escapó
cual si le llevara el diablo.
Ya no es tiempo de dudar:
los grandes, no muy seguros
de mí, me piden los muros
que no les he de entregar.
El momento ya no hallo
de que partas: no hay espera;
vete: te aguardan afuera
hombres, armas y caballo.
Vete á buscar á la gente
del Cardenal.

SOLD. Ya cercana
debe estar.

OBISPO. No ceses, gana
los instantes diligente.
Parte como el vendaval;
tráelos á todo correr;
mira que puede perder
tu tardanza al Cardenal.
Ven conmigo, corre, vuela.

JUANA. ¡Id en el nombre de Dios!

BAR. Pues que todo estriba en vos,
no deis descanso á la espuela.

SOLD. ¡Oh, sí, adios!

ISABEL. ¡Adios, mi Juan!

SOLD. No he de tardar en volver.

JUANA. ¡Dios os quiera proteger!

BAR. ¡Con vos vaya, capitán!
(Vánse el Obispo y Soldevilla por el foro.)

ESCENA XIV.

DOÑA JUANA, DOÑA ISABEL, BARRIENTOS.

ISABEL. Madre, al ver á ese señor
yo no sé por qué temblé
y tras de Juan me oculté.

JUANA. ¡Y á qué viene ese temor?

ISABEL. Si no es temor, madre mía;
es que...

JUANA. Tus afanes calma.

ISABEL. No es afan, es en el alma
un no sé qué de agonía.

(Cubriéndose al ver al Obispo, que vuelve.)

¡Ah!

ESCENA XV.

DICHOS, el OBISPO.

OBISPO. Por mis gentes servido
partió ya mi buen ahijado;
un momento afortunado;
ganado todo ó perdido;
pues la suerte ya se echó,
esperemos.

ISABEL. ¡Oh! ¡Cuán fiera
aquesta afanosa espera!

OBISPO. ¡Ese acento! ¿quién habló?

ISABEL. ¡Yo, señor!

OBISPO. Vuestra voz pura
me ha estremecido: creí
que la arrojaba de sí
una ignota sepultura.

BAR. (Á Doña Juana.) ¡Oh, mejor, tanto mejor!

OBISPO. Fué una semejanza extraña.

ISABEL. ¿En mí, señor, os engaña
un recuerdo?

OBISPO. ¡Por favor!

- ¡despejad el negro manto
que la pura faz os vela!
- JUANA. (Al Obispo.) (Ved, señor, que si recela..)
- OBISPO. (Á Doña Juana.) (Si recela, monta tanto.)
- ISABEL. Pues de mi amor apiadado
me haceis por mi amor dichosa,
conoced á la que esposa
ha de ser de vuestro ahijado.
(Se alza el velo del manto.)
- OBISPO. (Contemplándola con terror.)
¡Terribles cielos!
- BAR. (Á Juana.) ¡Mejor!
- ISABEL. ¡Qué en mi voz y en mi semblante
encontrais que así anhelante
me mirais, decid, señor?
- JUANA. (Al Obispo.) (Por piedad! ¡tened cordura!)
- OBISPO. Fué una vision: perdonad.
Soy ya viejo, y en verdad
mi razon no es muy segura.
¡Escuchad!
- ISABEL. ¡Señor!
- OBISPO. Preciada
de mí, desde hoy más querida,
hija, tened vuestra vida
por dichosa y bien hallada.
- ISABEL. ¡Hija vuestra!
- OBISPO. Y es razon,
pues con mi ahijado os desposo,
y él por vos será dichoso.
Hija, sí, del corazon.
- ISABEL. Mas temblais... con ansia ardiente
me mirais... no me engañeis...
¿cuándo ordenado os habeis?
- OBISPO. Veinte años há.
- ISABEL. (Arrojándose en los brazos del Obispo.)
¡Oh, Dios clemente!
- OBISPO. ¡Al fin una bendicion
da consuelo al alma mia!
¡pensé que no le tenía,
y hoy me encuentro el corazon!
- BAR. (¡Ya es nuestro!) (Á Doña Juana.)
(Suena un disparo de artilleria á lo lejos.)

OBISPO. (Separándose violentamente de Isabel; esta va á echarse en los brazos de doña Juana.)

¡Por Belcebú!

(Se va hácia el fondo.)

¡Sus! ¡á las armas la guarda!

¡la señal! ¡es la bombardarda

que retruena en Balnadú!

¡Aquí, mis cabos, aquí!

(Á los otros.)

No temais, que aún no se empieza.

(Á algunos que se presentan al fondo.)

¡Arcipreste! ¡á la cabeza

del escuadron, id por mí!

(Suenan un segundo disparo de artillería.)

¡Que toquen á cabalgar

mis clarines! ¡campo franco!

¡Pronto fuera del barranco!

¡Á la Tela á escuadronar!

¡Queden aquí cien peones,

cien buenos arcabuceros,

(Suenan los clarines.)

y con ellos cien piqueros!

¡id ya, mis bravos leones!

(Vánse los que están en el fondo y suena un tercer cañonazo.)

OBISPO. (Volviendo á donde están los otros.)

¡Vereis quiénes son los míos!

¡Si nos provocan la lid,

por las calles de Madrid

va á correr la sangre á ríos!

FIN DEL PRIMER CUADRO DEL ACTO SEGUNDO.

CUADRO SEGUNDO.

Cámara en la casa de Cisneros. En el centro del fondo una gran puerta de balcon con vidrieras blancas, que deberán abrirse para afuera: puertas laterales: á la izquierda una mesa con tapete rojo, blasonado con las armas del arzobispo de Toledo: sillón junto á la mesa, con asiento y respaldo rojos, y en el respaldo el mismo blason: alrededor de la cámara sillones semejantes, pero más pequeños: atombra.

ESCENA PRIMERA.

BARRIENTOS, por la derecha.

Se dirige á la puerta de la izquierda y la abre.

Entrad, pero no hagais ruido.

ESCENA II.

DICHÓ, DOÑA JUANA, DOÑA ISABEL, el OBISPO. por la izquierda.

BAR. Cual si estuviera encantada
hallé la casa, y callada;
á nadie he visto ni oído.
JUANA ¿Y el señor? (Con cuidado.)
BAR. En su aposento
con gran recato me entré,

y tendido le encontré
en su tarima; tormento
más que sueño es su reposo;
en su aliento entrecortado
hay algo que me ha espantado
y en su rostro sudoroso.

JUANA. Le engaña la voluntad;
está muy enfermo.

ISABEL. ¡Oh Dios!

JUANA. Fuerza, señor, es que vos
le defendais.

OBISPO. Sí en verdad.

ISABEL. Si algo mi afecto os obliga,
señor, á mi padre amado
defended, pues tan pagado
de él estais.

OBISPO. Mas no se diga,
que por él no he de mirar
peligro ni inconveniente.

(Doña Isabel se separa lentamente del grupo: se
va al balcon, abre la vidriera y permanece mi-
rando al exterior.)

BAR. Bien lo merece el regente.

OBISPO. Dejemos ese cantar,
que si regente no fuera,
ni á don Cárlos proclamára,
ni á la ocasion se llegára
en que estamos, cruda y fiera.

JUANA. Ciertamente, esa cuestion
no debe tratarse ahora.

OBISPO. Pero esa cuestion, señora,
nos pone en esta ocasion,
y por Dios, me contraría
lo que de mí se dirá.

BAR. El tiempo corriendo va
en conversacion baldía,
y pudiera sorprendernos
el señor, que se levanta
con el alba. ¡Oh, sí, me espanta
el pensar puede cojernos!
Todo á perder se echaría;
y yo no sé cómo ya

no se levantó, pues va
creciendo y creciendo el día;
á cumplir allá me voy
mi obligacion, de tal suerte,
que al lado, cuando despierte,
como ayer me encuentre hoy.
Doña Juana, aquí os quedad,
y sin perder un momento,
en uno y otro aposento
nuestro ejército ocultad.
Despues á buscarme id,
que puede ser quiera hablaros
el señor.

JUANA. Iré á buscaros.

BAR. Dios nos salve en esta lid.
(Váse por la derecha.)

ESCENA III

DOÑA JUANA, el OBISPO, DOÑA ISABEL, que continúa
al balcon teniendo la vidriera entreabierta.

OBISPO. ¿Y así se puede llegar
hasta el cardenal?

JUANA. ¿Pues no?
Nunca, jamás se encerró,
ni nunca se hizo guardar:
todo en su fe lo confia
á Dios, y en su fe constante,
tiene el peligro delante,
y el peligro desafia.
Siempre fué así, y lo será
mientras viva.

OBISPO. ¿Hay tal locura!
Y bien, por hoy le asegura
mi gente. No tardará
la noble diputacion
por los grandes elegida
en llegar. Mal prevenida
viene en aquesta ocasion.
¿Mas no mirais?

JUANA. ¿Qué?

- OBISPO. Mi bella
Isabel, allá se ha ido
á poco de haber venido.
- JUANA. No sé qué pasa por ella;
su inquietud, su agitacion
desde que os vió no han cesado.
- OBISPO. La pena de mi pecado
la paga mi corazon.
(Señalando á Doña Isabel.)
Diera yo por deshacer
su desdicha vida y alma.
- JUANA. Recobrad, señor, la calma;
si ha sido, ¿cómo ha de ser?
La vida mal empleada,
desatentada, perdida,
á la fin debe ser vida
horrible, desesperada.
Dios ha querido que den
sus frutos el bien y el mal;
pues vuestra vida fué tal,
procurad acabar bien.
Silencio, que alguno aquí
se acerca. (Mirando por la puerta de la derecha.)
Nadie: es Orgaz.

ESCENA IV.

DICHOS, ORGAZ, por la derecha.

- ORGAZ. (Sorprendido.)
¡Ah! ¿quién es?
- JUANA. Gente de paz.
- ORGAZ. ¡Ah! ¿doña Juana!
- JUANA. Yo, sí.
- ORGAZ. Y bien, dormíme en mal hora,
que tan tarde nunca fué
mi levantar. ¡Por mi fe!
¡El obispo de Zamora!
- JUANA. Dejemos la explicacion
de por qué se encuentra aquí
el señor Obispo.
- OBISPO. Sí,

- para mejor ocasion.
- JUANA. Id al momento á juntar
á la servidumbre entera:
la direis que cual si hubiera
muerto ya, debe callar:
gente de guerra escondida
en la casa habrán de ver;
ella viene á defender
de nuestro señor la vida.
- ORGAZ. Pues me alegro, sí, me alegro,
que se esperaba, señora,
una cosa aterradora,
un negro dia, muy negro.
Andaba despavorida
la pobre gente menguada
de la casa, y asustada,
macilenta y encogida.
Á cada leve rumor
de aquesta noche infernal,
al más bravo, pésia tal,
le espeluznaba el terror.
Se alegrarán cuando vean
que nadie puede dañarnos:
los que vienen á salvarnos
benditos mil veces sean.
- OBISPO. Que nada sepa el señor,
que siendo la gente mia,
vive Dios, no la querría.
Y á acabar.
- JUANA. Sí, es lo mejor.
- OBISPO. (Yendo á la puerta de la izquierda y abriéndola.)
¡Vengan aquí diez piqueros!
(Entran los llamados con un cabo á la cabeza, que
leva la espada desnuda.)
Vos, guiadlos y que estén (Á Orgaz.)
donde convenga.
- ORGAZ. Muy bien.
(Váse con los piqueros y su cabo por la derecha.)

ESCENA V.

DICHOS, ménos ORGAZ.

OBISPO. ¡Lleguen diez arcabuceros!
(Entran los llamados con otro cabo á la cabeza,
por la izquierda.)
Señora, con ellos id
y ponedlos en lugar
do puedan aprovechar.
(Váse Doña Juana con los arcabuceros.)

ESCENA VI.

EL OBISPO, DOÑA ISABEL, que continúa junto á la vidriera.

OBISPO. ¡Mis ballesteros, venid! (Entran los ballesteros.)
¡Isabel!

ISABEL. ¡Señor! ¿qué es esto?
¡esta gente...!

OBISPO. Prevenido
está todo, apercebido,
á la defensa dispuesto.
Á las cámaras cercanas
llévalos.
(Á los ballesteros.) Si hay un tumulto
y á la casa hacen insulto,
disparad por las ventanas.
(Váse Isabel con los ballesteros.)

ESCENA VII.

EL OBISPO.

¡Calma terrible, profunda,
que á la tempestad precede!
¿Á dónde iremos? ¿quién puede
decirlo? ¿que Dios confunda
á esos hombres! ¡Cuán dudosa
aquesta lucha! (Pausa.) La puerta
(Yendo al balcon.)

de Moros está desierta,
en silencio, pavorosa,
tal que parece que aún
imperera la noche oscura.

(Volviendo al proscenio.)

Salgamos de esta aventura
y luégo... luégo... según...
veremos... la suerte es mía
por hoy... mañana... ¡mañana!
¿por qué esta inquietud tirana?
¡mañana será otro día!

Mas se escucha un paso lento
en aque-se corredor.

Tú eres sin duda, señor,
que vienes á este aposento.
¡Ah! ¡se acerca! es necesario
que me oculte: Satanás
te guarda: pronto serás
ó su amigo ó su contrario.

(Váse por la izquierda cerrando la puerta)

ESCENA VIII.

CISNEROS, por la derecha, con hábito ceniciento franciscano,
sin insignia alguna cardenalicia y calada la capucha.

Aún del sueño la vision
en mí dura y me estremece;
aún entreabierta aparece
su tumba, y mi corazón
oye la voz venerada
de mi reina esclarecida:
«¡Francisco, ya tu partida
tiene el Señor decretada!»
¡Oh! ¡mi cabeza, Dios mio!
¡Siempre la vision tenaz!
¡Sombras, volved á la paz
de vuestro sepulcro frio!
¿Qué me pedís? mi valor
no se rinde: mas se apura
mi aliento: la calentura
me devora con su ardor.

¿Para qué pedirme tanto?
¡Oh, callad, no tengo miedo,
no, que tenerle no puedo;
mas de la muerte me espanto!
¡El último! cuando yo
de la tierra habré partido,
se habrá en Castilla perdido
cuanto por ella alentó.
Habrá pasado el postrero
que su gloria reflejaba:
una edad en mí se acaba:
sólo en tí, Señor, espero.
Deja que dure mi vida
hasta el fin de mi tarea,
deja ¡oh Padre! que yo vea
mi esperanza conseguida.
Á esos flamencos rapaces
que disponen á su modo
del rey, y que son de todo
por su avaricia capaces,
déjame ¡oh Dios! esperarlos,
acometerlos, rendirlos,
humillarlos, destruirlos,
y espantados, arrojarlos.
(Pausa.) Ó la fe me da valor,
ó la fuerza en mí se acrece;
gente brava me parece
sentir á mi alrededor;
ejércitos castellanos
con que luchar y vencer;
ejércitos que oponer
á extranjeros y á tiranos.
¡Oh, sí, sí! ¡no tengo duda!
Si sobreviene el afán,
de la sombra surgirán
ejércitos en mi ayuda.

ESCENA IX.

DICHO, ORGAZ, por la derecha.

ORGAZ. ¡Señor!

CISN. ¿Quién?

ORGAZ. De la nobleza
pide una diputacion
hablaros.

CISN. Sin dilacion
hacedla entrar.

ORGAZ. Ella empieza
por allanaros la casa
con gente.

CISN. ¡Y á tal exceso
se atreven! ¡Me ponen preso!

ORGAZ. Su avilantez se propasa
á tal porque no hay aquí
para remedio un soldado.

CISN. El santo crucificado
está siempre junto á mí:
en su proteccion confío.

(Suena dentro ruido de mucha gente.)

¡Mas que rumor!...

ORGAZ. (Yendo á la vidriera y mirando á través de ella.)
Se embaraza
de gente armada la plaza.

(Viniendo junto á Cisneros.)

¡Ah señor, ah señor mio!

¡ante vos he de morir

ántes que os puedan tocar!

CISN. ¡Por qué os habeis de espantar?

¡Dejadlos, Orgaz, venir!

ORGAZ. ¡Mas señor!...

CISN. ¡Al punto sea.!

¡Haced que esa gente llegue!

ORGAZ. (Si será: pero que ciegue
quien salir vivos los vea.)

(Váse por la derecha: el rumor de gente continúa dentro.)

ESCENA X.

CISNEROS.

¡Cobardes! ¡el vil rumor
del populacho me envían;
mi firmeza desafían;
quieren ponerme en pavor!
¡Que vengan, sí, los espero!
¡Como vinieren se irán!
¡Por quien soy que me hallarán
cual siempre firme y entero!

ESCENA XI.

DICHO, ORGAZ á la puerta de la derecha, anunciando.

ORGAZ. El Duque del Infantado,
el Conde de Benavente,
y el Almirante, al regente
piden vénia.

ESCENA XII.

DICHOS, el DUQUE DEL INFANTADO, el CONDE DE BENAVENTE y el ALMIRANTE, que entran de una manera violenta, por la derecha, echando fuera á ORGAZ, que sale de escena: dos reyes de armas, con dalmáticas y mazas de armas, que se colocan en la escena á los dos lados de la puerta.

ALM. Mal hablado,
no hay regente. ¿Mas aquí
solo un fraile? ¡quién creyera!
¡se nos escapa!

CISN. (Que está con la capucha calada, sentado en el sillón, y con la espalda vuelta á la puerta de la derecha.)

(¿Qué espera
aquesta gente de mí?)

ALM. (Dirigiéndose de una manera brusca á Cisneros.)
¿En dónde está el cardenal?

¡Decid presto!

CISN. (Volviéndose y abatiéndose la capucha.)

Empeño vano;
queda siempre el franciscano,
que para el caso es igual.

ALM. (Retrocediendo y quitándose el birrete, así como
los otros dos grandes.)

¡Ah señor!

CISN. Si, caballeros;
ante vosotros bastante
es, sin dar en lo arrogante,
fray Francisco de Cisneros.
Bastante en este lugar
es, ó al pensarlo me engaño,
el pobre, el viejo ermitaño
del humilde Castañar;
y por fin, y no os asombre,
el cardenal sobra todo,
y el regente, y de tal modo
que áun pienso que sobra el hombre.

INF. ¡Tal lenguaje!...

CISN. El que merece
vuestra menguada osadía.

INF. ¡Qué decis!

CISN. ¡Por vida mia!
lo que en verdad aparece.
Y ya basta. Esos maceros
salgan... ¡salgan!

(Los maceros, dominados por el acento y la autori-
dad de Cisneros, salen.)

que en verdad
no teneis autoridad
para tanto, caballeros.

ALM. Somos la diputacion
de la nobleza.

CISN. Está bien.

ALM. Venimos...

CISN. ¡Cómo y por quién?

ALM. Por el reino en conclusion.

(Rumores de gente dentro.)

CISN. Reino llamais á unos pocos
que conjurásteis, señores,

que pudieran ser traidores,
y á quienes yo juzgo locos.
Llamais reino al popular
por vosotros arrastrado,
que se viene aquí engañado
ante mi casa á gritar.
Llamais reino á no sé qué
que nunca á nada llegó:
el reino le tengo yo.

INF.

Mas sin poderes...

CISN.

¡Sí á fé!

¡Vosotros me los negais!

¿y quiénes sois para tanto?

¡De vuestra audacia me espanto!

¿Con qué autoridad hablais?

BENAV.

Levantado el reino está.

CISN.

Algunas ciudades, no,
gente que en ellas se alzó
y que á su provecho va.

BENAV.

Jóven, con poca experiencia
y nacido en tierra extraña,
don Cárlos se viene á España
sólo por razon de herencia.

CISN.

Por derecho que al nacer,
Dios le ha dado.

BENAV.

No lo niego;

pero si se empeña el juego
no sé lo que puede ser.

CISN.

Debeis saberlo.

BENAV.

Pues no,

no lo alcanzo.

CISN.

Con certeza,
dejando á salvo á su alteza,
será lo que mande yo.

ALM.

En fin, contra ley llegado,
de extranjeros asistido,
el rey á España ha venido.

CISN.

En su casa bien hallado.

ALM.

Las Córtes...

CISN.

Luego vendrán.

INF.

Rotos están nuestros fueros.

CISN.

Os engañais, caballeros,

cual nunca firmes están.

BENAV. La nobleza ha protestado.

CISN. La nobleza en rebeldía
se muestra.

ALM. Vana porfía,
si vos le habeis proclamado
y regente él os nombró,
todo contra ley ha sido.

CISN. El reino lo ha consentido.

INF. Mas hoy no consiente, no.

CISN. Hay casos en que la ley
no se debe respetar,
que con ella van á dar
á un abismo reino y rey.
Si yo al rey no proclamára,
¿qué pensais que sucediera?
Si yo regente no fuera,
¿quién á Castilla amparára?
La impía civil contienda
nuestro suelo desdichado
hubiera en sangre anegado,
cruda, implacable, tremenda.
Los distintos pareceres
yo concilié; cesó el duelo;
¿por qué, pues, con tal recelo
me demandais mis poderes?

ALM. Poner sobre el reino entero
quereis vuestra voluntad.

CISN. ¡Respeto á mi autoridad,
á mis años, eso quiero!
Á una vida consagrada
á Dios, á la patria, al rey,
á la eterna y santa ley
con la razon ajustada.

Vosotros en cambio, el fuero
de la lealtad ultrajado,
habeis mi casa cercado.

ALM. Os cerca Madrid entero.

CISN. Madrid no: sí la traicion
y la ambicion desmedida.

INF. No temais, que vuestra vida
no peligra.

CISN.

¡Qué! ¡oh baldon!
¿quién os ha dicho tal cosa?
¿Miedo ó duda en el regente
de esta tierra tan creyente,
tan noble y tan valerosa?
No hay en mí ni aun los reflejos
de ese miedo que soñais.

ALM.

Sabemos que rebuscáis
las gentes de los concejos.
Gente inútil, gente tarda,
á escapar siempre dispuesta,
cuando chasca la ballesta,
cuando truena la bombardá.
Gente menguada y servil,
siempre sujeta al afán;
¿qué ha de hacer un capitán
con esa caterva vil?

CISN.

Esa, por vos despreciada
tan sin razón para ello,
Almirante, dejó el sello
de su valor en Granada;
esa, el piélago profundo,
con ardiente corazón,
cruzó, siguiendo á Colón,
á buscar un nuevo mundo;
á vencer en Cerinola
fué con el Gran Capitán,
con ella gané yo á Orán,
¡la brava gente española!
Y esa gente el reino es;
yo haré con Dios y con ella
que en sangre dejen su huella
de la vil traición los piés.
Es fuerza que no vengais
cual hora contra la ley,
ni que, desirviendo al rey,
pequeños reyes seais.
Si era de cada infanzón
ley la fuerza tiempo atrás,
es forzoso que de hoy más
tenga fuerza la razón,
y que mida un mismo fuero

- á aquel que la tierra labra,
y al de soberbia palabra
que se llama caballero.
- ALM. Si á aquesto vuestra fiereza
llega ¡oh padre! en triste día,
herireis la monarquía
al matar á la nobleza;
que al rey y al noble hizo Dios
para ser buenos hermanos,
y á la plebe, á los villanos,
para siervos de los dos.
- CISX. ¡Para este luchar acerbo,
présteme Dios fortaleza!
¿Quién habla aquí de nobleza,
ni quién en Castilla es siervo?
que en nuestro suelo español,
en esta tierra bendita,
es noble cuanto palpita
bajo la lumbre del sol:
y siete siglos de hazañas
de egregia inmortal memoria,
son la altiva ejecutoria
de las valientes Españas.
- ISF. ¿Quiénes, decid, comandaron
las huestes que tal hicieron?
- CISX. ¿Quiénes? ¡los que siervos fueron
y por su valor se alzaron!
vuestros abuelos señores,
que aún en la historia campean,
que Dios han querido sean
los humildes, los mejores.
Ellos, de hazaña en hazaña,
timbraron vuestro blason:
hoy, vuestra torpe ambición,
vuestra perfidia, le empaña.
Vuestra grandeza desdeño,
sin temer se me demande,
que es en vosotros lo grande,
por desgracia, harto pequeño.
(Se repiten dentro los rumores.)
- ISF. ¡Por el cielo! la vejez
y el hábito os dan valor

para injuriar nuestro honor,
para herir nuestra altivez;
pero ved que el tiempo pasa,
que grita la muchedumbre,
y en su ansiosa incertidumbre
puede embestiros la casa.

CISN. Pues que tanto osais decir,
y tanto llegais á hacer,
no tengo que responder,
ni tengo para qué oír;
que á la verdad, caballeros,
en tal punto al contemplaros
sólo puedo contestaros
cual si hablara á bandoleros:
«Lo que me quereis quitar
tan unido está á mi ser
que no lo podeis tener
ni aun llegándome á matar.»

INF. Señor, por demas estais
con nosotros firme y duro;
no venimos, yo os lo juro,
contra vos, os engañais.
El Duque del Infantado
os afirma por su honor,
que ántes que os toquen, señor,
habrá muerto acuchillado.

ALM. Lo mismo juro...

BENAV. Y yo así.

INF. Señor, por nuestra honra pura
vuestra vida se asegura
donde quiera como aquí.
Mas si os negais á aceptar
lo que se os va á proponer,
si no quereis conceder
lo que os vamos á rogar,
sin que lo tomeis á exceso...

CISN. Cesad, Duque: empeños vanos;
me teneis en vuestras manos
y yo me juzgo ya preso.
Cesemos en la cuestion
y mas no me atormenteis,
si es que tormento no haceis,

- señores. de mi prision.
- ALM. Sed con nosotros regente,
y, porque es justo en conciencia,
del consejo de regencia
sed, señor, el presidente.
- CISN. Torpeza y engaño asoman
en vuestra intencion vacia:
los poderes, á fe mia,
no se mendigan, se toman:
el que los llega á tomar
es porque tomarlos puede,
y ni vacila, ni cede,
ni sabe más que mandar.
- ALM. ¡No cedéis, pues?
- CISN. ¡Nunca, no!
¡jamás al miedo rendido
me vereis, que no he nacido
para la vergüenza yo!
- INF. Acomodo se ha de hallar.
- CISN. No puede acomodo haber.
- ALM. ¿No? pues aquesto ha de ser,
que ya es forzoso acabar.
Renunciad la usurpacion
de un poder que no teneis.
- CISN. Al fin manifiesta haceis,
Almirante, la traicion.
- ALM. No, cardenal: no traidores
los que ante vos nos hallamos;
al reino representamos
elegidos por mejores;
pues á tal punto llegó,
vuestra fiera ceguedad.
aqueste papel firmad.
- CISN. (Rompiendo el papel que le da.)
¡Ved cómo le firmo yo!
- ALM. Pues que así lo habeis querido.
(Yendo á la puerta de la derecha.)
¡Sus! ¡mis gentes, adelante!

ESCENA XIII.

DICHOS, BARRIENTOS, que aparece con algunos hombres armados en la puerta de la derecha.—Al mismo tiempo se abre la de la izquierda y aparece el OBISPO DE ZAMORA, con otro grupo de hombres armados; movimiento de sorpresa en los tres grandes y de Cisneros, que mira de una manera absorta al Obispo de Zamora.

- BAR. ¡Atrás, señor Almirante!
¡vuestra gente se ha rendido!
- OBISPO. Y aquesto sin combatir,
que es gente que piensa mucho.
- BAR. Yo escucho bien cuando escucho,
y ya me parece oír
de los tercios esperados
la brava trompetería.
(Un poco ántes se oye dentro de una manera confusa, á lo lejos, marcha de ginetes, que se va aproximando hasta que ya al fin de la escena se la oye clara y distintamente.)
- ALM. ¡Ah! ¡traicion! ¡se nos tenía
por gente armada cercados!
- CISN. ¡Dios! ¡siempre Dios! ¡en la hora
en que me juzgué perdido,
tú, Señor, has acudido
como siempre, á quien te implora!
- ALM. (Tirando de la espada, así como los otros dos grandes.)
¡No importan los atropellos!
¡no hay nada que nos quebrante!
- OBISPO. ¡Lo quereis! (Tirando de la espada, así como el grupo de caballeros que trae tras sí.)
¡Pues adelante!
¡sus! ¡mis leones! ¡á ellos!
- BAR. (Tirando de la espada así como los de su grupo.)
¡Que habeis de morir yo juro!
- CISN. (Interponiéndose.)
¡Maldito de Dios quien hiera!
¡Teneos, que se dijera
los maté sobre seguro!

y á mas, si la proteccion
del Señor viene á acorrernos,
dignos de ella para hacernos
necesario es el perdon.

(Á los grandes.)

Vinísteis aquí á buscar
mis poderes; mal hicísteis;
fuísteis torpes, no los vísteis,
y yo os los voy á mostrar.

(Yendo al balcon y abriendo de par en par las
vidrieras.)

Por la voluntad de Aquel
que es eterno, omnipotente,
ved cómo llega mi gente
á ampararme, brava y fiel.
Ved en cerrado escuadron
cumplidas mis esperanzas;
esos tercios, esas lanzas,
¡esos mis poderes son!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

1875

1875

1875

1875

ACTO TERCERO.

Habitacion humilde en un meson de la villa de Roa: puerta al fondo y laterales; á la derecha una mesa y junto á ella un sillón.

ESCENA PRIMERA.

BARRIENTOS y ORGAZ.

- BAR. Ordenad al capitán
Diego de Vera que apreste
la guarda para la marcha.
- ORGAZ. ¡Marchamos!
- BAR. Así parece,
pues lo dispone el señor.
- ORGAZ. Bueno, bien; que Dios le esfuerce.
¿Pero por qué deja el lecho?
- BAR. Se lo dije y con voz breve
y dura me respondió:
«¿Qué más da que me sustente
el lecho ó una litera
que á encontrar al rey me lleve?
Para marchar preparémonos.»
Y no hay medio: ¿quién pretende
oponérsele? Id, Orgaz.
Las órdenes que convienen
dad y que todo esté pronto.

:

- ORGAZ. No temais que por mí quede.
Á la guarda se ha allegado
un caballero con gente
del Almirante y ha dicho
que en pos de él su señor viene
y debe llegar muy pronto.
- BAR. Hacedle entrar cuando llegue
y avisadme.
- ORGAZ. Descuidad.
(Váse por el fondo.)

ESCENA II.

BARRIENTOS.

¡El Almirante! ¿qué quiere?
irritar más al señor,
aumentar inconvenientes.
¡Y el capitan Soldevilla
tan esperado y no vuelve!
No falta más que el obispo
para que el diablo nos lleve.
Vamos á ver al señor
y venga lo que viniere.
(Váse por la derecha.)

ESCENA III.

SOLDEVILLA, ORGAZ, por el fondo.

- ORGAZ. Capitan, esto ha mandado
espantándome el señor;
es mucho, mucho valor,
¡y estando tan de cuidado!
La dolencia que le aqueja
crece y crece cada día,
y ardiente la fiebre impía
ni un solo punto le deja.
- SOLD. Desde aquel dia fatal
en que á los grandes venció,
el pobre señor cayó
sin esperanzas, mortal.

ORGAZ. Mejor á todos nos fuera
si á su salud más atento
no abandonára el convento
de franciscos de Aguilera;
porque aquesto no es vivir,
ni se puede encarecer
el valor que es menester
viéndole en tanto sufrir.
Mas dejemos la cuestion,
que es cosa de no acabar,
y algo que os voy á anunciar
os llenará el corazon.
Doña Isabel está aquí.

SOLD. ¡Cómo! ¿aquí está mi mujer?

ORGAZ. Las dos vinieron ayer.

SOLD. ¡Tambien doña Juana!

ORGAZ. Sí.

Hubo de escribir Barrientos
á su mujer que empeoraba
el señor y que importaba
viniese aquí por momentos.
Y ella, siempre amante y fiel
al doliente cardenal,
con un cuidado mortal
vino con doña Isabel.
Mas ved, vuestra esposa.

SOLD. ¡Oh, sí!

ORGAZ. Yo me despido de vos
hasta despues.

SOLD. Id con Dios.

(Váse Orgaz por el fondo.)

ESCENA IV.

SOLDEVILLA, DOÑA ISABEL, que ha aparecido un poco antes por la derecha.

SOLD. ¡Luz de mis ojos!

ISABEL. ¡Tá aquí!

SOLD. En este momento llego.

ISABEL. Mi venturosa alegría
cumplida, mi bien, sería

si de lealtad y amor ciego
por el rey, el cardenal
no se obstinase en partir.
Está en riesgo de morir
y en su decision fatal
insiste: ruegos no valen
ni súplicas á vencerle,
ni bastante á detenerle
hay nada: mas aquí salen
mi madre y Barrientos: ellos
te dirán mejor que yo
lo que acontece.

ESCENA V.

DICHOS, DOÑA JUANA y BARRIENTOS, por la izquierda.

- BAR. Pues no,
no estoy por los atropellos,
ni son posibles. ¡Mas ah!
¡Señor Juan de Soldevilla,
bien venido!
- SOLD. Á maravilla
tened el verme.
- BAR. De allá
¿malas noticias traeis?
- SOLD. No pudieran ser peores.
- JUANA. Hablad, pues, que entre temores
estamos cual no sabeis,
y en aumento cada dia.
- SOLD. Siempre al rey el cardenal
sirviendo noble y leal,
mandóme, señora mia,
que una carta al rey llevára
y á llevar la carta fuí.
- BAR. Yo la tal carta escribí;
suplicaba al rey echára
de su lado el cardenal,
á esos flamencos villanos
que los buenos castellanos,
con razon, miran tan mal.
Que procurase tuviera

pronto una vista con él,
Era muy largo el papel.

SOLD. Lo mismo, aunque corto fuera.
hubiera sobrevenido,
que ni el rey la carta vió
ni conseguí hablarle yo,
ni aun acercarme he podido:
le he visto sólo de lejos.

JUANA. Si le hablárais fuera en vano,
que no entiende el castellano.

SOLD. Ni á nadie escucha consejos.
Si al cardenal conociera
el rey, por fuerza le amára,
sus consejos escuchára
y todo á buen fin viniera.
Pero dicen por allá
que el cardenal es tirano
y antojadizo, y que insano
por doliente y viejo está.
Astutos al rey enojan
con su servidor más fiel,
y en vez de arrojarlos él,
ellos, infames, le arrojan.
En fin, tanto y tanto oí,
tan aleve é importuno,
que por no matar á alguno
despechado me volvi.

BAR. ¡Sin respuesta!

SOLD. Me dijeron
que la respuesta vendría
más tarde.

BAR. ¡Por vida mia!
¡mis temores se cumplieron!

SOLD. No hay esperanza ni modo,
estamos de todo absueltos,
pues que ellos vienen resueltos
á apoderarse de todo.

JUANA. Pues Santiago y á reñir,
mas que pese al cardenal.

SOLD. Las cosas vienen tan mal
que á peor no pueden ir,
y ni aun falta un mal agüero

- que no muy lejos hallé.
ISABEL. ¿Un mal agüero?
SOLD. Si á fe;
terrible, espantable, fiero;
que aseguran que es de Dios
un agüero desdichado
encontrar un hombre ahorcado,
y yo me he encontrado dos.
JUANA. ¡Oh, qué espanto!
SOLD. En la maleza
ví, del ramaje á través,
uno ahorcado por los piés
y el otro por la cabeza.
ISABEL. Dios de sus almas piedad
tenga.
BAR. Dejad los temores:
son sin duda malhechores
que ahorcó la Santa Hermandad.
ISABEL. Dejemos esto por triste,
que harto en tristezas estamos,
y cómo es el rey, sepamos,
puesto, Juan, que tú le viste.
JUANA. ¡Un niño!
SOLD. En quien se promete
un rey insigne.
JUANA. Nació
con el siglo. Ya cumplió...
ISABEL. ¿Cuántos años?
JUANA. Diez y siete.
SOLD. Pero es ya de tal pujanza
que no hay quien se le aventaje:
domina un potro salvaje,
quiebra en el aire una lanza.
El valor del corazón
en su frente se refleja,
y en sus ojos ver se deja
la majestad del león.
En su porte es mesurado
y de grave continente,
y encontrarle es muy frecuente
melancólico y callado.
Rubio el cabello, los ojos

azules, color quebrado,
la nariz recta, afilada,
los labios apenas rojos,
y haciéndole más señor
con un no sé qué de fiero,
firme, imperante, altanero,
subido el labio inferior.
Contra la manera usada
de antiguo por la nobleza,
muestra del rey la cabeza
la cabellera cortada,
y distinto al que los grandes
usan por gala en Castilla,
es su traje la ropilla
y los gregüescos de Flandes.

JUANA.

¡Maldita Flandes, amen!

SOLD.

Si vierais al rey yo juro...

JUANA.

De mi lealtad le aseguro;

¡no, si yo le quiero bien!

ISABEL.

¡Sí! ¡viva el rey!

BAR.

¡Viva y viva!

¡si todos le deseamos!

JUANA.

¡Es verdad! todos le amamos;

pero Castilla es altiva.

Detesta á los extranjeros,

y aunque el rey anhela y pide,

no hay que pensar en que olvide

su libertad y sus fueros.

BAR.

Es cierto, pero se van

las palabras prolongando

y el señor está esperando

vuestra vuelta, capitan.

Vamos, pues veros ansía.

SOLD.

Adios, madre. Adios, mi amor.

JUANA.

Id, pues aguarda el señor.

ISABEL.

Adios Juan.

(Soldevilla y Barrientos se van por la puerta de la derecha.)

JUANA.

(Dirigiéndose á la de la izquierda.)

Ven, hija mia;

pues es forzoso marchar

nos debemos prevenir.

ISABEL. Tanto y tan crudo sufrir
¿cuándo llegará á acabar?
(Vánse por la izquierda.)

ESCENA VI.

EL OBISPO y el ALMIRANTE, que llegan á un tiempo á la puerta del fondo, el uno por la derecha y el otro por la izquierda.

OBISPO. No pasareis, ¡vive Dios!
ALM. ¡Vive Dios, lo hemos de ver!
OBISPO. ¡No me habeis de preceder!
ALM. ¡De vos no he de entrar en pos!
OBISPO. ¡Vinísteis en mala hora!
ALM. ¡Temeis mi presencia acaso?
¡paso al Almirante!
OBISPO. ¡Paso
al Obispo de Zamora!

ESCENA VII.

DICHOS y DOÑA JUANA, por la izquierda.

JUANA. ¿Qué es esto? ¿quién grita aquí?
¡Ah señores! ¡Mas entrad!
los dos á un tiempo pasad,
que es ancha la puerta.
(Los dos pasan á un tiempo.) Así.
ALM. Del odio que nos tenemos
tanto y tanto nos hinchamos,
que si juntos nos hallamos
ni aun en el mundo cabemos.
JUANA. ¡Por Dios, señores!
OBISPO. ¡Paciencia
me dé Dios!
ALM. ¡Démela á mí
la Virgen!
JUANA. Sufriendo allí
(Señalando á la derecha.)
se encuentra su reverencia:
por piedad, hablad más quedo.

- OBISPO. Yo al cardenal he de ver.
ALM. Mas despues que yo ha de ser.
OBISPO. La primacia no os cedo.
JUANA. Su reverencia dirá,
pues que yo voy á avisarle
cuál el primero ha de hablarle.
OBISPO. En buen hora.
ALM. Bien está.
Mas yo por el reino vengo.
OBISPO. Y yo vengo por el diablo.
JUANA. ¿Con cuerdos ó locos hablo?
yo tambien mi sangre tengo
y os pido pleito homenaje
y juramento.
OBISPO. De qué.
JUANA. De que mientras fuera esté
no os habeis de hacer ultraje.
OBISPO. Yo lo juro.
ALM. Y yo.
JUANA. Pues voy
á anunciaros. (¡Oh Dios santo,
yo no sé por qué me espanto!
¿qué sucederá aquí hoy?)
(Váse por la derecha.)

ESCENA VIII.

DICHOS, ménos DOÑA JUANA.

Un momento de silencio.

- OBISPO. Los grandes habeis echado
el reino al través.
ALM. ¡No, vos!
OBISPO. ¡Almirante! ¡Vive Dios!...
mas guardemos lo jurado.
ALM. Tiempo nos ha de sobrar.
OBISPO. No ha de faltar ocasion.
ALM. Vos nos hicisteis traicion.
OBISPO. Ved lo que llegais á hablar.
ALM. Hablará pronto el acero.
OBISPO. Bien, peor, tanto peor.

ALM. Pues yo digo que mejor.

OBISPO. Mejor para el extranjero.

(Otro momento de silencio.)

¿Por qué habeis venido aquí?

ALM. Vos aquí, ¿por qué vinisteis?

OBISPO. ¿En el camino no visteis algo espantoso?

ALM. Lo ví.

Dos ahorcados.

OBISPO. Pues fuí yo.

ALM. Que vos fuisteis, ¡cosa extraña!

¿malhechores en España
cuelgan los obispos?

OBISPO. No.

Pero alentando temores,
por el noble anciano velo;
tengo gente de gran celo
que vigila á los traidores,
y he sabido en conclusion
que en contra del cardenal
con una astucia infernal
se tramaba una traicion.
Acechando al buen Cisneros,
tras él infames venían
dos flamencos que traían
faz y modo de buhoneros.

ALM. ¿Y se atreven?

OBISPO. ¿Por qué no?

piensan bien esos señores;
habiendo emponzoñadores
se emponzoña y se acabó.

ALM. ¡Infames!

OBISPO. Es muy añejo
echar estorbos á un lado;
tarda en morir demasiado
el duro, el terrible viejo.
Yo que tal cosa entendí
á buscarlos me arrojé;
á la fin los encontré;
huyeron; tras ellos dí.
Al uno de una lanzada
tendí por tierra difunto,

y caza dí al otro, á punto
que llegaba á una enramada.
Interroguéle, negó;
le dí tormento; por fin
el miserable, el ruin
su crimen me confesó,
y el preboste sin tropiezo,
veloz, en un dos por tres,
colgó al muerto por los piés
y al vivo por el pescuezo.
¿Lo entendisteis?

ALM. Lo entendí.

Habeis hablado en razon.

OBISPO. Pues ahí teneis la ocasion
de haberme encontrado aquí.
Y vos, ¿á qué habeis venido?

ALM. Á buscar un acomodo.

OBISPO. Quisisteis tenerlo todo
y todo lo habeis perdido.

ALM. La mitad de la nobleza
sigue al rey, la otra mitad
aclama ¡comunidad!

OBISPO. Pues cabeza por cabeza.
Si tenemos á Cisneros,
Almirante, hemos vencido.

ALM. Por eso á verle he venido
con quinientos mesnaderos.

OBISPO. Más de mil tras mi pendon
vienen: ó victoria ó muerte.

ALM. Pues ya está echada la suerte,
Dios nos de su proteccion;
y pues hemos de lidiar
juntos, aquesta es mi mano.

OBISPO. Tened la mia, y en vano
no las hemos de estrechar.

ESCENA IX.

DICHOS, DOÑA JUANA, por la derecha

JUANA. ¡Me alegro! los bien nacidos
acaban por entenderse;

- no, no pueden mantenerse por mucho tiempo reñidos.
- OBISPO. Hablais con razon cabal; pero el cardenal, señora...
- JUANA. En este momento, ahora va á salir el cardenal; y es tanta, tanta la urgencia con que á partir se previene, que acaso tiempo no tiene para hablaros en audiencia.
- OBISPO. Para jurarle lealtad . nos basta un solo momento.
- JUANA. Haceis bien; me dais contento. señores, adios quedad.
(Váse por la izquierda.)

ESCENA X.

EL OBISPO, el ALMIRANTE, CISNEROS, apoyado en los brazos de BARRIENTOS y SOLDEVILLA, por la derecha.

- CISN. Ponedme en aquel sillón mientras la litera viene: apenas si me sostiene la fuerza del corazón.
(Se sienta: Barrientos se va por el fondo, Soldevilla se queda al otro lado de la mesa, de pie, como de guarda.)

ESCENA XI.

DICHOS, ménos BARRIENTOS.

- CISN. Señores, me han avisado de que venís á buscarme, y yo siento el encontrarme á marchar tan obligado, que aunque bien quisiera oiros no me da el tiempo lugar.
- OBISPO. Os queremos amparar, hemos venido á servirlos.
- CISN. Yo en el alma os lo agradezco,

pero si bien lo reparo,
¿qué he de hacer con vuestro amparo?

OBISPO. Mil ginetes os ofrezco.

ALM. Yo quinientos.

CISN. ¿Para qué?

OBISPO. ¿Á Aguilar no vais á ir?

CISN. Sí, Obispo, que me ha de oír
el rey.

OBISPO. ¿Y os oirá?

CISN. Sí á fe.

ALM. Si los flamencos atajan
vuestro paso...

CISN. No harán tal.

ALM. Sabemos que en vuestro mal
esos traidores trabajan.

CISN. Estorbar que me presente
al rey inútil sería,
ni tan extraña osadía
hay siquiera quien intente.

ALM. Al rey tienen como preso
y á nadie le dejan ver.

CISN. Contra mí no ha de valer,
Almirante, tal exceso.

ALM. ¡Pero si el rey no os recibe,
y si ni aun sabe siquiera
que le buskais!...

CISN. Tal quimera
ni aun en sueños se concibe.

SOLD. Señor, si me dais licencia,
yo os diré...

CISN. ¿Tambien en vos
hay recelos?

SOLD. Sí por Dios;
no recelos, evidencia.

Ya por muerto os dan allí.

CISN. ¡Por muerto! Pues yo he de hacer
muy pronto llegar á ver
cuánta vida queda en mí.
Muy enfermo, sí en verdad,
estoy, á la muerte toco;
mas no he de vivir tan poco
mediante la voluntad

del Señor, que de Castilla
no salve la antigua ley,
que no separe del rey
de la traicion la semilla.

No, no temais, caballeros,
al rey llegaré y me oirá:
Castilla á salvo tendrá
su libertad y sus fueros.

SOLD. Ved, señor, que las ciudades
se hermanan, y por do quiera
alzan gentes y bandera
las bravas comunidades.

Ya en Valencia dan comienzo
terribles luchas impías,
y junta las germanías
el tejedor Juan Lorenzo.

Cunde de guerra el clamor,
y entre este clamor de guerra,
juran empapar la tierra
con sangre del opresor.

Maldicen á cielo abierto
al rey, y aumenta este ruido
un fiero desconocido
que llaman el Encubierto.

Dicen de pública fama
que este encubierto es del bando
que al infante don Fernando
por rey de España proclama,
y esto, pérfidos mañeros,
abultan y al rey lo cuentan,
y dicen que en vos alientan
su fuerza los comuneros.

CISN. ¡Qué decís! ¡Calumnia tal!

SOLD. Yo os lo juro por mi honor;
á tal se atreven, señor.

OBISPO. Pues se atreven por su mal.
Vamos allá: al rey cogemos
entre nosotros: matamos
los flamencos, y quedamos
muy pronto como queremos.

CISN. ¡Que yo á la comunidad
auxilio!

- SOLD. Que á su cabeza
estais.
- CISX. ¡Infame torpeza!
- ALM. Bien pudiera ser verdad,
que si el rey la infamia abona
de sus torpes cortesanos,
bien pudiera de sus manos
escaparse la corona.
- CISX. ¡Basta, Almirante! ni aun quiero
en tales cosas soñar:
la corona se ha de dar
al legítimo heredero,
y no ha de haber en mis dias,
mientras yo regente sea,
de la traicion ni áun la idea,
ni sin muerte rebeldías.
- OBISPO. Mirad, señor, que la fe
hoy como siempre os engaña
- CISX. Mi fe defendió á mi España.
con ella la salvaré.
Si es fallida mi esperanza,
que no lo creo ¡ay de mí!
Dios tomará sobre sí
contra el crimen la venganza
- ALM. (Parece que al fin vacila.) (Al Obispo.)
- OBISPO. (Dios ilumine su fe.) (Al Almirante.)
- CISX. Yo al sepulcro bajaré
con la conciencia tranquila.
- OBISPO. Pues dadnos, señor, licencia,
y al rey vamos á librar.
- CISX. Eso fuera confirmar
la torpe maledicencia.
Dar razon á los arteros
que á decir, viles, se atreven
que con mi amparo se mueven
los inquietos comuneros.
Contra tan vil falsedad
yo daré prueba notoria:
no ha de acusarme la historia
de tan grande iniquidad.
Señores: á vuestros cabos
llamad, que tenerlos quiero

aquí: que sean espero
nobles y fieles cual bravos.

(Á Soldevilla.)

Llamad de la gente mia
aquellos en que aventaje
á lo noble del linaje
del corazon la hidalguía;
que se deje al popular
que cerca la casa ansioso,
por mi salud cuidadoso,
libremente aquí llegar.

Id ya.

ALM. (Al Obispo.) (¿Qué vendrá esto á ser?)

OBISPO. (Al Almirante.)

(Pardiez, ir mejor no puede.)

ALM. (Obispo, lo que sucede
bien pronto lo hemos de ver.)

(Vánse primero Soldevilla por el fondo, y poco
después, por el fondo también, el Almirante y el
Obispo.)

ESCENA XII.

CISNEROS.

Siento que me falta aliento,
y cuando aliento me falta,
la voz del deber más alta
gritando en mi pecho siento.
¡Oh mi rey! si llego á verte
quien soy para tí sabrás;
tal vez te avergonzarás
de tu error al convencerte.
Yo, leal, te proclamé,
yo, firme, te defendí,
la muerte se acerca á mí
y aún te defiende mi fe.
¡Rey, oh rey! ¡Dios te perdone
si de mí dudaste ciego!
¡yo te perdono; yo ruego
á Dios que no te abandone!

ESCENA XIII.

CISNEROS, SOLDEVILLA y con él algunos caballeros: ALMIRANTE, con caballeros tambien: OBISPO, con algunos de los suyos: los de Cisneros llevan estandarte con armas del arzobispado de Toledo: estandarte los del Almirante con las armas de su casa: estandarte los del Obispo con armas del obispado de Zamora: éstos, con sus gentes, entran por el fondo, por donde poco despues vienen gentes del pueblo. DOÑA JUANA y DOÑA ISABEL aparecen, segun lo marca el diálogo, en la puerta de la derecha: BARRIENTOS y ORGAZ, en la de la izquierda.

- SOLD. ¡Por aqui los del regente!
(Se colocan á la derecha.)
- ALM. ¡Mis mesnaderos! ¡aqui!
(Se colocan á la izquierda.)
- OBISPO. ¡Mis bravos hijos, tras mí!
(Se colocan partiéndose entre la izquierda y la derecha.)
- SOLD. (Yendo á la puerta del fondo.)
Dejad entrar á la gente.
(Un momento despues se llena el fondo de gentes del pueblo de ambos sexos, en trajes de diferentes clases.)
- BAR. (Asomado á la puerta de la derecha.)
¿Qué es esto?
- ORGAZ. (Á la misma puerta.)
¿Qué va á pasar?
- JUANA. (Á la puerta de la izquierda.)
Para qué, señor, Dios mío,
este extraño gentío
aquí se llega á juntar?
- ISABEL. (Á una parte.)
¡Oh! madre! ¡no sé qué temo!
- CISN. ¿Están todos?
- SOLD. Sí, señor.
- CISN. Ha llegado á tal rigor
mi dolencia, á tal extremo,
hijos, que llevo á dudar
que aunque el viaje apruebe,

:

tal la enfermedad me apura
que al rey no pueda llegar.
Como á vosotros os llamo,
si en mi poder estuviera,
llamára á Castilla entera;
yo vuestra atencion reclamo.
Hijos, con el rey venidos
de extraña tierra, altaneros
osan hollar nuestros fueros
torpes hombres mal nacidos.
Jóven el rey no comprende,
falto de toda experiencia,
que esa gente en su insolencia
cuando le adula le vende.
¡Mis buenos hijos, oid!
Un dia tal vez tiranos
esos flamencos villanos
os provoquen á la lid.
Si acontece, horrendo hiera
vuestro brazo sin cesar;
no os fatigued de matar
aleve gente extranjera,
pero cumpliendo la ley
de la lealtad y el honor,
del combate entre el horror
gritad fieles: ¡viva el rey!
nunca con saña cruel
negueis amor ni respeto
al noble, al augusto nieto
de Fernando y de Isabel.

OBISPO. ¡Juramento le prestamos!

ALM. ¡Juramos al rey lealtad!

SOLD. ¡Sí lo juramos!

CISN. ¡Jurad

todos!

TODOS. ¡Sí! sí! ¡lo juramos!

CISN. Dios el juramento oyó
que al rey don Cárlos rendís:
Dios os premie si cumplís
y os lo demande si no.
Yo por mi parte contento
estoy de haberos oido,

por vosotros han crecido
en mí esperanza y aliento.

(Suena rumor de voces dentro.)

¡Mas, qué es esto? ¿qué rumor? . .

CORREO. (Dentro.) ¡Plaza, plaza, buena gente!
¡Correo para el regente!

CISN. ¡Ah!

CORREO. (Dentro.) ¡Del rey nuestro señor!

ESCENA XIV.

DICHOS, el CORREO por el fondo.

CORREO. (Acercándose reverentemente á Cisneros.)

Salud y dadme las plantas,
alto señor reverendo,
de España gran cardenal,
arzobispo de Toledo,
gran canciller de Castilla
y regente de estos reinos,
don Fray Francisco Jimenez;
noble señor: este pliego
tengo la honra de entregaros
en nombre del rey mi dueño,
don Carlos, á quien Dios guarde.

(Lo da á Cisneros.)

CISN. (Le toma y dice:) Yo le acato y reverencio.

(Abre el pliego y le lee para sí.)

¡Ah Señor! ¡Señor, Dios mio!

¡Aquesto á mí! ¡justo cielo!

(Se deja caer sobre el sillón y el pliego se le cae
de las manos; el correo se esquivo entre la gente
y desaparece.)

OBISPO. ¡Suceda lo que suceda,
vive Dios que no me tengo!

(Toma el pliego que ha abandonado Cisneros.)

JUANA. ¡Ah señor! ¡señor!

ISABEL. (Acudiendo también.) ¡Dios mio!
pálido, inmóvil, traspuesto!

OBISPO. (Después de haber repasado el pliego.)

¡Infames! ¡escuchad todos!

ISABEL. Ya vuelve en sí

- OBISPO. (Leyendo.) «Reverendo
»padre de Cristo, á mi noticia
»llegó que con el intento
»de hablarme estais en camino;
»vuestra lealtad agradezco;
»yo sé bien cuán obligado
»estoy á vos, cuánto os debo;
»pero sé tambien que estais
»de grave manera enfermo;
»cuidando vuestra salud,
»de la carga del gobierno
»os alivio: descansad:
»vuestra silla de Toledo
»os dará ménos cuidados...»
¡Basta ya... que más ño leo!
- CISN. ¡Ay de mí!
- ALM. ¡Y en dónde el Judas
está que trajo este pliego?
- OBISPO. Dado el golpe huyó el villano,
que ni áun en sombra le veo.
- CISN. ¡Ay de mí! ¡no, no es posible
tal pago á tanta lealtad!
¡no, no puede ser verdad!
¡si lo fuera, fuera horrible!
¡pronto, pronto, la litera!
¡en marcha! ¡si yo he de ir!
¡y el rey... el rey me ha de oír!...
¡llevadme al rey aunque muera!
- JUANA. ¡Señor! ¡señor! ¡por piedad!
- ISABEL. ¡Ah señor! ¡ah señor mio!
¡calmad el dolor impío!
- CISN. ¡Ah, traidores! ¡apartad!
¿quién así me martiriza?
(Procurando desprenderse de Juana y de Isabel,
que le sostienen.)
¡Oh! ¡perdonad, yo estoy ciego!
¡Ah! Dios implacable... fuego
por do quier... fuego y ceniza!
(Cayendo sobre el sillón; Juana é Isabel continúan
á su lado.)
- JUANA. ¡Callad! ¡callad! ¡su voz santa
de profecía parece!

CISN. ¡Oh Dios, ante mí se ofrece
una vision que me espanta!

JUANA. ¡Callad, callad!

CISN. Ciento á ciento,

mil á mil la selva dejan,

se escuadronan y rellejan

impuro color sangriento

De entre ellos sale á través

un gigante coronado

con tres coronas, armado

de la cabeza á los piés;

¡y cuán negra su armadura,

cuán terrible su mirada,

cuán formidable su espada

y cuán fiera su apostura?

Se inclina al horrendo suelo,

la manopla en sangre moja,

luego á les aires la arroja

y retiemblan tierra y cielo.

El combate se encarniza,

se acometen con furor...

¡Ah, siempre fuego, Señor,

por do quier fuego y ceniza!

¡Oh! ¡qué espanto! ¡ciento á ciento,

mil á mil yacen por tierra!

¡él solo! ¡y aun clama guerra!

¡salud al César sangriento!

OBISPO. (¿Y ese don Cárlos será?!...) (Al^o Almirante.)

ALM. (¡Tres coronas! ¡puede ser!) (Al Obispo.)

JUANA. Dejad, dejad, á mi ver
del delirio vuelve ya.

CISN. ¡Oh Señor! ¡qué horrible sueño
has hecho pase por mí!

¡el sueño de muerte, sí!...

¡Oh mi Dios, y cuán pequeño

es el hombre!.. ¡Oh patria mia!

¿qué va á ser de tí? ¡qué espanto!

¡Oh Señor! ¡á tí levanto

el dolor de mi agonía!

OBISPO. ¡Asesinos!

CISN. ¡No hay virtud,
de malas yerbas aquí!

¡qué más ponzoña, ay de mí,
que la negra ingratitud!
¡Ah, vosotros, caballeros,
los sin tacha y sin mancilla,
velad, velad por Castilla,
que está en manos de extranjeros?
Yo por Castilla viví;
impotente, débil, viejo,
en desamparo la dejo.
¡Señor, yo esperaba en tí! (Muere.)

ISABEL. ¡Ah señor! ¡no hay esperanza!
¡inmóvil, pálido, yerto!

JUANA. ¡Oh! ¡qué dices? ¡muerto!

OBISPO. }
ALM. } ¡Muerto!

JUANA. ¡Hermanos! ¡sangre y venganza!

TODOS. ¡Venganza!

JUANA. ¡Sí, y entre horrores
de cruda implacable guerra,
aneguemos nuestra tierra
en vil sangre de traidores!

OBISPO. ¡Castilla y comunidad!

ALM. ¡Al campo nuestra bandera!

JUANA. ¡Atrás el flamenco!

TODOS. ¡Muera!

JUANA. ¡Sí! ¡Castilla y libertad!

ZARZUELAS.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde.
A los Ladres.....	1	D Benito Monfort.....	Música
Amor á pedradas	1	Manuel Nieto.....	Música
Empleo desconocido.....	1	F. Reparaz.....	Música
La familia Bachicho.....	1	N. N.....	Música
La catedral de Colonia	2	Manuel Nieto.....	Música
Los dos leones.....	2	Manuel Nieto.....	Música
El barberillo de Lavapiés.....	3	L. Mariano de Larra.	Libro.
El velo de encaje.....	3	P. y Brañas y F. Cab.	L y M.
El maestro de Ocaña.....	3	Cálos Frontaura....	Libro.
Los dos sargentos franceses	3	D Lopez Ayllon ...	Libro.
Un paseito á la Habana	3	E Gaspar	Libro.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.